

NIÑOS DE NEÓN





Edición: Mytil Font Martínez  
Diseño: Alfredo Montoto Sánchez  
Ilustración de cubierta: Michel Encinosa Fú  
Composición computarizada: Jacqueline Carbó Abreu

© Michel Encinosa Fú, 2001  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 2001

ISBN 959-10-0660-8

Instituto Cubano del Libro  
Editorial Letras Cubanas  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba.

*A J C. Reloba*

*A quienes vivirán en Ofidia  
Y, ¿por qué no?,  
a quienes ya la habitan.*

Puede que los hombres de las cavernas  
hayan estado en lo cierto.

WILL CUPPY

...tus vicios te seguirán  
dondequiera que vayas.

SÉNECA

## Un puñado de lluvia

Siempre he pensado en la caída de la noche como la llegada pesada y lenta de una de esas locomotoras negras que aparecen en los holos de reconstrucción histórica. Es un impulso interno que se apodera de ti y relentiza biorritmos y percepciones que resumen tu vida en una serie clonada de instantes donde no hay espacio para la anécdota individual. Sólo rincones cerrados donde es inconcebible la existencia íntima, donde miles de almas gemelas en su fiebre nómada y sin horizontes visibles por la urbe, se limitan a esperar por algo que nunca han conocido y ni tan siquiera han aprendido a anhelar; un diáfano y simple puñado de lluvia.

Luego, tras el ocaso, la vida se precipita a mil millas por hora.

La noche es la misma de siempre en Pueblo Bajo; calles de mascarada, ojos rapaces. Cyborgs danzando al compás de lengüetazos de lanzallamas en las esquinas. Cabletas buscando las bolsas de oro al final del arco iris, sus riendas mentales a merced de los neurotrans. Racimos de quimioadictos a las puertas de una trascendente revelación, rogando por un eter-

no préstamo para costear su ácido adulterado. Exóticos desvistiendo de monotonía los callejones, en resplandecientes conciliábulos de injertos, implantes y suicidios pasionales. Traficantes de ilusiones y sexo velando sus caras con la sombra de una falsa sonrisa. Mimos, asesinos y hombres santos. Legales prisioneros de su impotencia indiferente. Perdedores, afortunados y conformistas. Estrellas venidas a menos y hambrientas de sus olvidadas raíces haciéndose nidos en la compasión de los que nunca pudieron volar hasta el cielo. Segurantes malgeniosos, pandilleros tribales, solitarios camorristas, filósofos, tendencistas, extremistas ociosos. Líneas, color y sombras. Bosquejos de Homo Sapiens reciclados. La noche es la de siempre en Pueblo Bajo, hasta que el techo de la estación del sub cubre los desnudos pensamientos, la velocidad empieza a latir con frenesí, y las luces del túnel, convertidas en un haz de espejismo estático, marcan años luz que alejan la realidad del odio cotidiano y aproximan el odio del soportable instante.

En la noche de Pueblo Medio sólo hay instantes.

Las opciones están abiertas para el acostumbrado juego de la ruleta rusa:

—¿Dónde, Diana?

—El concierto de los «Arriba Está Dios».

El portero del Pabellón Mundo —aretes de rubí, pupilas de felino— nos arranca cinco créditos de los chips ID y nos concede el paso al apartarse del umbral. «Arriba Está Dios»; tres cabezaquemadas de Vox-Box improvisando babeles ultradecibélicas con

dedos acalambrados. El sudor no tarda en correr bajo nuestros t-shirts de algodón con logos de Corporación Consumo, y por las mangas de estas rípiadas chaquetas de sintcuero estrelladas por remaches de aluminio que hemos diseñado como banderas corporales. Sumergidos en el océano de cuerpos y texturas, nos abandonamos en el vórtice de los catódicos parpadeantes y sacrificamos la integridad de nuestras gargantas en los coros alucinados: «Cristo es amor. Jódete, puta...» Son unos chicos estupendos, estos «Arriba Está Dios». Demasiado buenos para subir en el rating. Demasiado palpables para ser estrellas.

La risa de Diana vence fronteras sonoras y me acaricia la rendija oculta, entre garganta y diafragma, donde baila mi gozo.

—¡Estoy de primera, Diana!

—¿Queeé? —se lleva una mano al oído.

—¡¡ E s t o y d e p r i m e r a !!

No creo que me haya escuchado. Tampoco me importa.

Diana es un par de años mayor que yo, los suficientes para tener status de adulta en su chip. Su padre, antes de entrar a la Sección Roja de Corporación Energía, era un especialista en CAD/CAM y se las jugaba genial con las consolas. Diana aprendió mucho de él. El viejo murió con el Síndrome de Hyotto, sus vísceras convertidas en gelatina, y Diana no habló con nadie durante semanas luego de la desgracia. Sólo aceptaba mi compañía, y eso por escasos y silenciosos minutos en que me permitía acunarla en mis delgaduchos brazos de púber asustado.

Ella es un duende ahí dentro, en la RED, y sueña con poder costearse un ciberpuerto, 100 Terabytes en mnemoacumulador, y una carrera universitaria de Corporación Información.

La pensión que recibe en base a la muerte de su padre basta para adquirir sus cursos de educación general, pero no para nuestras noches de diversión. Para ello, se dedica a incursionar en la matriz educativa de la División Carlomagno y luego vende los exámenes futuros a sus vecinos más jóvenes. También manipula las calificaciones preliminares, y limpia hasta el límite de la prudencia algunos expedientes grises, como el mío. Claro, para mí lo hace gratis. Estoy pasando los cursos generales en su consola, por esta razón que mi madre le paga un alquiler de acceso educativo mensual que alegremente incorporamos a nuestro fondo de diversión. Somos hermanos de sangre, Diana y yo, desde hace años; aún llevo la cicatriz en la palma de la mano. Y ella también.

—Estoy mareada, Xan. Vámonos de aquí.

Salimos al aire libre dejando el hi-tec sonoro a nuestras espaldas. Me duelen los oídos. En una cafetería compramos refrescos y un par de cervezas que reaniman a Diana. A mí la cerveza me sabe a caldo de larvas recicladas. Para ella es como un elíxir de vida.

—¿Y ahora?

—El show megamedia en el club Copa de Piedra, la galería de Yandranath, o el mejor demiurgo rápido del Barrio Dalí. Tu eliges. Yo pago.

Dudo. Olisqueo mi refresco.

—O el club simestim del Patio Trasero. Teledilónica para vírgenes desesperados —ella sonríe con picardía.

—Copa de Piedra —me levanto de la banqueta—. No tengo ganas de eyacularme en los pantalones.

Ella ríe, toma un par de cervezas para el camino, y salimos hacia la estación de sub más cercana.

La noche es una niña díscola que rompe sus muñecas con prisa metódica.

Una vez la besé. Estábamos en el techo de su edificio, contemplando el amanecer, y el momento me pareció —manzana verde que era yo— oportuno como ningún otro. Ella sonrió, con desenfadada reprobación, y yo me arrepentí al instante. Estaba de más.

—No creo que ningún poeta contemporáneo se haya molestado por ver un amanecer real —Diana se estremeció, aunque era verano—. Demasiado imperfecto para ser comercializado. Los holopanoramas diseñados por las IA son tan ideales que parecen prescripciones médicas para esquizofrénicos de telemático.

—Son veinte veces más cómodos que asomarse por la ventana a la hora justa —repliqué.

—Por supuesto. Me pregunto si alguna vez queremos contemplar de nuevo el azar de la naturaleza sin los jodidos picoscopios del tedio programado.

Yo me encogí de hombros.

—Una vez, de niña, mi padre me llevó a la reserva natural de la Florida —continuó ella—. Eso está a unas treinta millas de los umbrales de la Autopista

TransCaribeña. Pasamos tres días allí. Y el último día, por la tarde, llovió.

Hizo una pausa, con algo atorado en la garganta. Luego prosiguió:

—¡Llovió de veras, Xan! ¿Has visto tú alguna vez lluvia verdadera?

—Sabes de puta sobra que no —rezongué.

—Claro. Nunca llueve en esta maldita ciudad. ¿Quién necesita de la lluvia aquí? Es una cosa molesta que te moja las ropas y te estropea el maquillaje. Las calles quedan empapadas y aumenta el riesgo de accidentes. Una tormenta eléctrica volvería todas las frecuencias encriptadas de transmisión en un caos. Nadie que haya vivido los últimos quince años en Ofidia ha visto llover.

Jodidamente cierto.

—Nos sorprendió en una pradera. El cielo estaba nublado desde por la mañana; nubes negras y pesadas, como vapores de plomo al acecho, pero estamos tan acostumbrados a esas nubes teledirigidas que el gobierno corporado nos regala para que los días no se nos hagan aburridos, que mi padre y yo ni siquiera reparamos en ello. Hasta que ocurrió. Así, de golpe. Recuerdo la carcajada feliz que soltó mi viejo cuando se vio chorreando agua bajo esa catarata increíble. Ni truenos ni rachas de viento: sólo lluvia. Aterradora, eterna, poderosa: lluvia. Mi padre me cargó en brazos y bailó conmigo, brincoteando por los charcos de fango y la hierba empapada. Creo que lloré antes de reír... —me miró con sus ojos entrecerrados, reprimiendo las lágrimas.

—Hubieras vuelto por allí, si tanta nostalgia te da —mascullé cejijunto.

—Fue poco antes de nuestra locura en el Lucero Nuevo. La posición social de mi padre poco valía contra la Ley.

—Ya —hundí la cabeza entre los hombros.

Menuda locura aquella, de verdad. Diana se había colado en la matriz del Lucero Nuevo, un domo-club infantil de Pueblo Alto, y, por pura envidia hacia los hijitos de papá ejecutivo que allí se divertían, se había dedicado a jugar con las puertas de seguridad y el control ambiental de la microarcolgía. Yo estaba a su lado mientras lo hacía desde su casa, y es por ello que la multa infantil me tocó a mí también, por sencillo compañerismo, cuando Diana fue ubicada y los legales vinieron a su apartamento. Su padre puso el grito en el cielo. Mi madre casi me dejó sin orejas. Resumen: prohibido el acceso no educativo a la RED, y restricción de movimientos personales. No salir de Pueblo Bajo en diez años. No salir de Ofidia en diez años. Menudo reciclado. Aunque, en verdad, no era cosa que me quitara el sueño. Adoro esta ciudad.

Pero las palabras de Diana hicieron mella en mi habitual barrera personal. Y, para darme el toque de gracia, soltó un suspiro poniendo la mano sobre mi hombro, y mirándome fijamente a los ojos:

—La lluvia es un sueño cruel. Ojalá pudieras sentirlo alguna vez, Xan.

Y realmente lo deseé. Volví a mirar esas falsas nubes que se desplazaban por sus calculados derroteros por

el cenit, y sentí un asco tremendo. Creo que nunca volví a mirar el cielo después de aquel amanecer. Una vez en casa, me metí en la ducha y abrí al máximo los grifos, con los ojos cerrados, intentando aproximarme a la magia. No resultó. Faltaba el sonido del agua sobre la hierba, el espacio necesario para bailar, el fango bajo mis pies. Una mierda. No volví a intentarlo.

Holocaracteres cirílicos vagando entre los esquemas del picocircuito social, constelaciones inalcanzables coronando los horizontes, fantasmas históricos declamando sus frases trascendentes, bestias mitológicas trabadas en mortal combate, paradigmas volumétricos susurrando teosóficas incongruencias con sus labios de escarcha, oficiantes uniformados del limbo conceptual vomitando matices alucinados. Esencias inidentificables, mezcladas y saturadas de equilibrios arrítmicos. Nanosimbiontes biodegradables amplificando los receptores del tacto hasta el límite de la percepción microsensorial. Voces, melodías, notas aisladas, desvaríos de ALMAS, crujidos, alaridos ahogados por el tedio, estremecimientos al filo de las espinas del tiempo. Segundos tornados siglos, en un confuso y adictivo desmayo de la existencia misma.

Demasiado adictivo.

Abandono mi sillón megamedia y sacudo a Diana por el hombro:

—He tenido bastante, niña. Soy capaz de creerme un axioma de Física Extrema en ayunas.

—Convénceme de que no soy una abstracción libertina, y nos largamos.

—Las abstracciones no lloran.

—De acuerdo. Vamos —Diana se seca el rostro con la manga de mi t-shirt, sale de su sillón y buscamos la salida.

—¿Algo en concreto, Xan?

—Un amigo me regaló dos entradas para el concierto de Taliesin —consulto mi crono—. Es a las dos, tenemos quince minutos.

—Eso es en Pueblo Alto —duda ella—, en el Castillo Camelot.

—No nos van a arrestar por andar con fachas de bucaneros. Tenemos catorce minutos y tres cuartos.

—Adelante.

De nuevo el sub, y la línea de luces, y la velocidad pétrea.

La noche es una virgen de plata copulando con la eternidad.

Atacaba con furia su teclado, erguida en el sillón, gotas de sudor en la barbilla. Me acerqué para ver qué programa era víctima de su frenesí, y reconocí el Simulador Intruso de Araña Negra. En silencio, respetando su concentración, contemplé los íconos ir y venir, al tiempo que las cifras y caracteres en código nipón, buscaban sus agujeros en la trama encriptada y parpadeaban victoriosos. Una columna de kanjis surgió a la derecha de la pantalla. Ella se puso entonces los trodos y cerró los ojos.

Seguí la simulación con interés, sin entender mucho pero disfrutando del acelerado panorama en la pantalla central, mientras las periféricas describían escueta y técnicamente la acción. El equipo era bueno; herencia de su padre.

Fruncí las cejas cuando creí reconocer algunas estructuras estándar; infovías corporadas, nichos Alfa cerrados, barreras de alto acceso, enlaces comsat de Prioridad Roja. Divino reciclado; estaba haciendo un buen trabajo, ora enmascarada como llamada videofónica local, ora convertida en una transferencia estadística. Era condenadamente buena. Estuve a punto de darle una palmada en el hombro, pero me contuve a tiempo.

Mi sobresalto fue cuando al fin se detuvo ante su blanco, y reconocí intuitivamente el hielo negro de una instalación militar. Ella lanzó un ataque fantasma con la asistencia de una PA-ROM de nombre Aquiles. Tras dar un rodeo, soltó un rompehielos, modelo Schenker modificado, y penetró tras él sin perder un microsegundo. La simulación terminó de golpe, y Diana se quitó los trodos. Adivinó al instante la expresión de mi rostro:

—Sólo estoy practicando, chico. Algún día me dedicaré a esto en grande, y podré meterme todo el wetware que quiera en la cabeza, y pagarnos un viaje al Mediterráneo, o a donde más rabia nos dé.

—Eso suena estupendo —sonreí sin muchas ganas—. ¿De dónde sacaste ese Aquiles? ¿Y el Schenker?

—Heredé de mi padre algunos contactos en Corporación Información; el Aquiles es juguete de

saneador. El Schenker lo modifiqué yo misma. ¿Buen trabajo, eh? Incrementé su perfil de eficiencia radial en...

—Deja eso —me acuclillé frente a su sillón y adopté cara de niño enfurruñado. Siempre me daba resultado con ella—. ¿No me estás ocultando algo, verdad?

Ella se rió y agitó ante mis narices dos entradas para el concierto de Uther Damián, el Oscuro Dios de la Violencia. Tuve que desistir de lecciones convivenciales aquel día.

Castillo Camelot es una réplica ideal de aquel homónimo sitio de leyendas medievales, al estilo de las películas de los años 40 del siglo pasado. Holopresencias de punta en blanco y sonrosadas damiselas con asfixiantes vestidos. Uno de los locales más vistosos es el de la Mesa Redonda. Pagando veinte créditos puedes ser armado caballero por el propio Arthur Pendragon, y sentarte a la mítica mesa entre las sonrisas valerosas y nobles de héroes como Sir Gwaine y Sir Percival. Lancelot está sentado a los pies de Guinevere, lo que le vale miradas de reojo del real consorte, quien oprime la empuñadura de su flamante Excalibur.

Diana y yo pagamos por el derecho de ser armados caballeros, sin el obligado ritual de velar nuestras armas en la capilla; nos hacemos cargo de nuestros vasos de vino, y sostenemos una conversación con las caballerescas holopresencias que nos felicitan y brindan a nuestra salud. Hasta que pasan cinco minutos y

tenemos que levantarnos para dar paso a los siguientes. Sólo al abandonar el salón me siento partícipe culpable de un sucio engaño y así se lo digo a Diana, quien asiente con ojos oscurecidos. De sombrío talante nos internamos en las mazmorras, tras las cuales está la sala de conciertos de Taliesin.

Imposible no reír ante las baladas bufonescas del bardo. Imposible no llorar cuando su voz penetra el pecho, y el grito del guerrero, que es motivo de su historia, somete a los árboles como una tormenta, y cae de rodillas junto al cuerpo exánime de su amada. Treinta espectadores se debaten en espíritu, sentados sobre la paja que cubre las losas de piedra del piso, ante la presencia increíble que los convence de que cualquier extrapolación intertemporal es posible; basta sólo con abrir los ojos al mundo.

Imposible soportar un minuto más. Imposible no desear quedarse por siempre. Pero el concierto termina, el bardo inclina su cabeza, y el silencio de treinta bocas es la mejor y más digna ovación.

Abandonamos la sala arrastrando los pies, y la juvenil holo-PA que nos invita al ascensor que conduce a la Torre de Merlín y a sus actos de arcano poder se nos antoja una colisión mental. Al diablo con esa IA bautizada Merlín y esos caballeros de aire. Al diablo con Castillo Camelot. Taliesin es lo único real en este sueño cibernado.

Afuera, luego de abandonar los falsos muros cubiertos por falsa hiedra, Pueblo Alto nos sacude con sus torregujas cristalinas y sus megaestructuras

de aluminio y policarbonos. Sin mediar palabras y como de mutuo acuerdo nos apresuramos hacia el sub y nos colamos en un vagón cuya puerta se cierra con un suspiro de vacíos alternos.

—Necesito algo fuerte, Xan. Necesito vida. Sólo tengo muerte y lejanías en mi cabeza.

—¿Capullofuego? —escupo la palabra salvadora—. Capullofuego.

— Sea.

Las luces del túnel se disparan de nuevo.

La noche es una adolescente de níveos brazos y voluntad de amazona asesina, tan joven como la eternidad misma.

—¿Volviste a ver la lluvia alguna vez?

Diana abrió una cerveza y se sentó a mi lado en el diván:

—Ver. Es la palabra exacta. No pude vivirla.

Sus dedos jugaron con la espuma que la lata soltaba a borbotones, evocando cierta extraña sensualidad:

—Hace tres años me gané una excursión a las afueras, en una encuesta sinestésica de Consumo para menores de edad. Fuimos a una granja de caballos, a unos veinte kilómetros de los suburbios. A media tarde, una tormenta se posó en el valle, tras pasar los picos de las Rocosas. Mierda, Xan, podía ver las cortinas grises de agua ondulando y tentándome. No ocurría ni a cinco kilómetros de donde estábamos. Se desplazaban como obedeciendo a una orden, ro-

deando la ciudad. El viento provocado por los geosats se llevaba las nubes... Quise llevarme el autobús y acelerar hacia allí, atravesando cercas y pastizales, pero el muy cochino era radiocontrolado. Tampoco tendría tiempo de llegar corriendo; tan rápido se alejaban esas cortinas...

Miré sus ojos y me arrepentí de haber preguntado.

—¿Sabes, Xan? Daría cualquier cosa... Cualquier cosa...

Fui a la nevera a agenciarme un refresco, y a la vuelta la encontré llorando, hecha un ovillo en el diván. Salí de su apartamento y me largué a casa, sintiéndome un asqueroso miserable.

El cenit de la cúpula de sólidas llamas a cien metros sobre el diámetro marcado por pétalos de hielo. Tres mil figuras multicolores bailando y viviendo cada segundo con lúbricos apetitos. Riñas en los rincones del perímetro central de mesas y minibares. Esta es la Meca de los peregrinos urbanos que han conocido el susurro del suicidio moral y carnal. Diana lo ha conocido. Yo lo he conocido. Esto es Capullofuego, muchacho. No te atrevas a soñar.

Cada tres minutos una PA distinta se adueña de la ensordecedora parafernalia amplificada, y su imagen y holos dominan las panopantallas y el aire. El único espejo disponible son los cuerpos y rostros ajenos; todos son iguales y lo mismo bajo el yugo de las estrellas de la División Tu Potencia de Corporación Información. En el Club Capullofuego no está permitida la individualidad; sólo es limpia la fu-

sión total y todos son réplicas fieles de ellos mismos. La religión única e inmisericorde es la felicidad, y cada cual se apodera celosamente de su dosis de éxtasis y de azaroso instante.

En la noche de Pueblo Medio, en la noche del gitano urbano, sólo hay instantes.

Me debato entregándome a los aleatorios ritmos, sin admirar los holodisfraces que clonan a innumerables Personas Artificiales del estrellato fantasma. Me regodeo a hurtadillas en los movimientos del cuerpo de Diana; su silueta irradia resplandores de hechizo. Extraviados en la masa que-una-vez-fue-humana de culetas, quimioadictos, transparentes, chicos 1000 millas, exóticos, fugados y cyborgs, modificamos continuamente las pautas de nuestros respectivos holodisfraces —su alquiler incluido en el precio de entrada— en unísona comunión con los demás, cada vez que una nueva estrella nos lo ordena desde la atmósfera salvaje y descontrolada; atmósfera de santificada alianza ciberdélica donde todos somos uno, y donde uno se degrada infinitamente al nivel de todos. A pesar de la precipitada mascarada corporal, no dejo de identificar siempre a Diana entre los clones perfectos a nuestro alrededor; nadie es capaz de moverse con esa energía, nadie es capaz de devenir contraseña de semejante derroche de vitalidad ante mis nublados ojos.

Anoche, cuando pasé a recogerla para nuestra habitual locura errabunda, se negó con ojos en fuga:

—Estoy en algo importante, Xan —indicó su consola—. Tengo que darle neuronas a esto si quiero llegar a algo. Ve solo. Al fin y al cabo, eres un niño grande, ¿no? Puedes arreglártelas sin tu mamita. Toma —pasó cien créditos a mi chip—. Diviértete y luego me cuentas. No olvides el toque de Arcángel Gabriel en la Caverna Amurallada.

Me las arreglé, sí. Divertirme fue lo difícil. Náufigo de compañía, el hastío no tardó en inocularme su ponzoña y regresé a casa antes del amanecer. Mi madre se quedó de una pieza. Incluso me tocó la frente e insistió en medicarme. Tiré las píldoras al inodoro y tuve sueños intranquilos.

Pero esta noche lo hemos pasado en grande. Capullofuego vocifera moribundo a nuestro alrededor, y nos quitamos los holodisfraces, empalagados de euforia implantada.

Capullofuego se apaga lentamente a nuestras espaldas, envuelto en cortinas de humo. Nos dejamos llevar por la marea agotada que el sub devora, y al emerger al descolorido asfalto de Pueblo Bajo, los primeros rayos del sol arrancan destellos de los lejanos titanes diamantinos.

—¿Dónde esta noche? —interrogo los ojos opacos de Diana—. ¿Qué tal la opereta interactiva «Testigos de Marte», o los «Beso de Destrucción», en el Club Cianosis Neoclásica?

—Veremos —me mira con fijeza.

Nos tomamos de las manos y ella parece dudar un instante, tras el cual se inclina y me besa en la mejilla.

—No te hagas ilusiones, mocoso —ríe ante mi sonrojo—. Está algo nublado hoy. Busca un paraguas, podrías mojarte en balde y agarrar un resfriado.

—Estás jodidamente tocada —balbuceo con ariedez—. No va a llover hoy. No va a llover nunca.

—Confía en mi olfato —ríe de nuevo y se aleja por las lentas sombras que el día resucita.

Bueno, he dormido como un tronco en invierno. Las 1145 horas.

Decido ir por Diana. Le diré que nos birlamos nuestros rituales infocursos de RED y nos demos un tour por los museos naturalistas de Pueblo Alto. Sólo abren de día, y las clases son el jodido reciclado de siempre.

Doblo la esquina de su edificio y mi cuerpo se relentiza como las luces del sub.

Vehículos y barreras legales conteniendo el agitado populacho. Acorazados, maquinantes de patrulla. Uniformes técnicos de Información.

Una gota de agua me embiste la mejilla y alzo entonces la mirada para descubrir las nubes negras y pesadas, como vapores de plomo ya no al acecho, sino en pleno ataque de líquida bendición sobre la urbe.

Un grupo de espantados espectadores derriba las barreras, y atropella, entre aullidos, a una docena de petrificados policías que miran la catarata que se les acelera encima. Los técnicos de Información corren a resguardar sus equipos. Es imposible ver algo a más de veinte metros, tras las cortinas de agua. Un

maquinante se tambalea y cae cual cíclope ebrio, embestido por un ciego vehículo.

Maravillado, me adentro unos pasos en la confusión hasta que tropiezo con la camilla abandonada a su suerte. Una racha de viento aparta el cobertor plástico, y mi garganta conoce el dolor de un grito verdadero.

Comprendo ahora: las infovías corporadas, el Araña Negra, el Aquiles, el Schenker... el paraguas. No puedo apartar la mirada de esos ojos abiertos, de ese rostro contraído y frío. Lo he visto antes; hielos negros asesinos, retroalimentación neuronal, el castigo a la entrada o a la salida. No sabía que un nicho controlador de geosats tuviera defensas tan crueles. Tal vez ella tampoco. O tal vez sí.

Mis lágrimas son lluvia en la lluvia, y el polvo bajo mis pies, acumulado por décadas, se torna lentamente en fango.

No durará mucho. En pocos minutos, algún geosat será redireccionado en órbita y todo volverá a la normalidad. El sol secará las calles mojadas, y esos pocos niños que ríen y saltan en los charcos, bajo la líquida felicidad que se les obsequia, dejarán de reír y adopatarán para siempre, en sus ojos, una réplica profunda de los ojos abiertos de Diana.

Las gotas de agua golpean sus pupilas abiertas al cielo, como queriendo perforarlas, simulando un llanto creador de océanos legendarios.

Estoy empapado de pies a cabeza y un frío desconocido me hace temblar. No me atrevo a cerrar esos ojos con mi mano temblorosa. Quiero creer

que, de alguna forma, ella está viviendo el triunfo de su adicción, su sueño. El sueño que quiso hacerme soñar.

Siempre imaginé la lluvia como un talego de espejismos, donde sólo son reales el tiempo imaginado y la fábula colmada. Ahora sólo veo cómo finos hilitos se escurren por entre los dedos de esa mano frágil y agarrotada, incapaz de contener un puñado de lluvia para llevarse consigo, cual premio a una desesperación de años y noches tan jóvenes y vagabundas como la lluvia misma, y me obligo a cerrar los ojos, a sentir cómo las gotas me atraviesan en ráfagas de espinas cual cirios de helado fuego, a alzar el rostro y dejarme quemar los párpados y las mejillas por esos cirios, escuchando sólo este requiem de asfalto y metal violados por un sueño de natural imperfección que me asesina en caricias íntimas, llorando como un mocoso impotente, jurando negar mi espíritu a esta absurda y cotidiana realidad que nunca volveré a comprender.

## Cuenta conmigo

Me miro al espejo. Tras recibir el cotidiano round de insultos salgo a la calle. La abigarrada monotonía del infierno de asfalto y megaholos se me mete por los ojos y me acaricia las neuronas. Adoro esta ciudad de mierda, sobre todo por las noches. Especialmente por las noches. Sólo por las noches. Soy una rata nocturna y mi oficio es intrascender.

Ahora ando con el Bicéfalo. Su verdadero nombre es Johnny Kisser y su tatarabuelo fue una estrella de rock brasileña. Es de lo mejor que hay; un verdadero tipo duro. El número uno en las riñas y en las niñas. No es como esos imbéciles del barrio Esmeralda: Loco Azul, Oriflama, Disgustado Sumiso y compañía. Él es diferente. Es el rey. Somos diferentes. Somos los reyes del barrio Noviembre. Y somos amigos. Más que amigos, hermanos. Somos uña y carne.

Me escabullo por los rincones, hurtándole el cuerpo a los Gigantes de Humo: unos acorazados callejeros quimioadictos a quienes debo unos cientos de créditos, y alcanzo las puertas del Arcturus vs Vaselina. Me siento a la mesa de costumbre, junto a la ventana,

bajo el sempiterno add sinestésico de la División Oz, y pido un Cero Absoluto con dos gotas de menta. Un par de veteranos en exoesqueletos se insultan en la barra; los policarbonos crujen. Un sórdido tipejo masculla algo en un vocoder de bolsillo. Media docena de cabletas transparentes bailan una jiga. En un rincón, tres exóticos se masturban, ponchados a una interfase simestim. Algunos cadetes de la Genomática juegan al billar. Una pareja de Chicos 1000millas vomitan ante la puerta del baño. Yo degusto el ácido paisaje de la calle a través del plexiglás. En la distancia se destaca, como un titánico y verde sol poniente, el domo de la arcología Mesozoica. Espero. Es temprano. La vida recién empieza.

El Bicéfalo se me acerca al fin, sorteando a los que bailan y a los que viajan. Me da un abrazo de hermano y me llena las manos con un racimo de dermos. Él es así: obsequioso, franco. Es mi amigo.

—Mira —me suelta, indicándome a dos chicas que cruzan la calle.

Me enamoro. Visten como estudiantes de Corporación Consumo, kimonos de sylon y seda monoclonica orbital, colección Joya Astral IV. Rubias teñidas, las dos. En serio que me enamoro.

—La de la izquierda es mía, la otra es tuya —planifica Bicéfalo—. ¿Nos movemos con ellas?

—Cuenta conmigo —me cargo de anfetis y salimos del bar. Vamos de caza, y este barrio es nuestro coto privado.

—Hola, extrañas.

Ellas retroceden un par de pasos, sorprendidas. Hemos salido de la nada. Nos examinan; nuestras

fachas de clásicos gladiadores urbanos, nuestros tatuajes tribales, nuestros ojos divertidos.

«Somos jóvenes sanos y alegres, inocentes damiselas, y sólo buscamos un rato de compañía», aseveran nuestras poses. «¿Valdrá la pena?», inquietan sus muecas. «¡Pruébennos y verán!»

Y nos ponen a prueba. Torres, el portero del pub Utopía X, es amigo mío de la infancia y nos deja entrar sin reparos. Pedimos tragos. Vox-Box retro, a lo década del treinta, para viejitos demócratas. Bailamos. Somos los reyes de la noche, los dioses de Pueblo Bajo. El juego empieza.

Mi chica es estupenda. Lleva un tatuaje móvil que deriva de sien a sien por su frente y cambia de color en los pómulos; un cruce alucinante de quimera y basilisco. Sabe moverse bien, y mover lo que tiene. Me regodeo en su vaivén de reptil, sus muslos se hacen escarcha en mis dedos, pruebo sus labios. Lenguas. Música. Baile. Dermos. Sudor. ¡Qué jugo, muchacho!

Salimos al aire fresco. El apartamento de Bicéfalo queda cerca. Es nuestro barrio, nuestro coto de caza imperial. Disfrutamos las envidiosas miradas de los chiquillos que llevan colgadas a sus escuálidas princesas de clase B. Nosotros tenemos a las reinas, y las reinas aceptan el juego.

A sólo dos puertas del apartamento emergen cinco acorazados; Gigantes de Humo. El líder se adelanta:

—Hey, Johnny Kisser, esa es mi chica.

La rubia mira a Bicéfalo con pestañas culpables y se aparta. Bicéfalo sonrío así, de medio lado:

—Vamos, hermano, no llevaba tu nombre en el traje. No hay daño, ¿cierto?

—Pero lo va a haber.

Somos rápidos. Antes de que el líder desenfunde su artillería, Bicéfalo cae sobre él y le mete un vibropuñal en la garganta, por un resquicio de la armadura. Yo ruedo por el piso, esquivando dos sablazos, y hago retumbar mi revólver. Uno cae, con la rodilla destrozada. «¡Retirada, hermano!» grita Bicéfalo. Despegamos sin un rasguño, dejando a tres sangrando y uno en proceso de agonía. Recuperamos el aliento a diez bloques. Nos morimos de risa.

—¡Somos lo mejor que hay, hermano!

—Tu madriguera está quemada —le digo a Johnny.

—Pero la tuya no —sonríe, exhibiendo la cartera de su rubia—. Veamos qué hay aquí.

La abrimos y reímos de nuevo. Dos docenas de neurotrans. Pequeño Dragón; muy solicitado en el mercado. Cinco mil créditos sencillos, sin regateo.

—Saldremos de ellos en un par de noches —asevera Bicéfalo—. Voy a consultar a mis contactos.

Se larga. Llevo el botín a mi casa, ocho niveles bajo el asfalto. Oculto la cartera en un hueco tras el clóset. Abro una cerveza barata, la dejo mediada sobre un montón de ropa sucia, y me acuesto a dormir. Bicéfalo llegará por la mañana y entonces haremos planes.

Despierto al alba, con un golpe en el estómago. Me sostienen tres de ellos, mientras los otros seis ponen mi apartamento patas arriba.

—¿Dónde está, maldición?

Yo balbuceo:

—Los neuro...

—¡Eso es mierda! —uno de ellos se me encima—. Escucha bien, mocoso. Los neurotrans nos dan una escupida de rata. Queremos la cartera.

Unas manos se meten en el clóset.

—¡La tiene Bicéfalo! —vomito.

—¿Y dónde está él?

Las manos se alejan del clóset. Rebusco en mi memoria. Bicéfalo; sus contactos, códigos de videófono, direcciones. Escupo lo que sé.

—Bien, eso basta. Da gracias a Dios que tu padre y el mío fueron como hermanos. Piérdete del barrio. Esto es por tu silencio —el tipo me mete doscientos créditos en el chip ID—. Vamos. Y se van.

Me lavo la cara; tengo una cortada en el labio. Registro la cartera. Corto el forro. Un picocircuito: muy hi-tec, peligrosamente hi-tec. Lo tiro al inodoro y descargo. Me encojo de hombros con alivio. Oculto de nuevo los neurotrans y salgo a la calle.

Logré reconocer una de las voces tras los yelmos de los acorazados. Busco a un golpeador barato que conozco.

—¿Quién? —me pregunta, luego de recibir su anticipo de cien créditos.

—Torres, el portero del...

—Lo conozco. Es amigo mío.

—Cien más cuando termines.

A las dos horas regresa:

—Ya está. Veinte gramos de plomo tóxico en el encéfalo.

Me muestra una 2D, como prueba; Torres, el asfalto, un poco de sangre. Rompo la imagen, le pago el resto y veo dudar sus ojos de mártir.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Han enfriado a tu querido, el Bicéfalo. Los Gigantes de Humo. No se sabe por qué, se rumora que buscaban algo. Lo dejaron hecho un...

—Ahórrate detalles —lo corto.

Vuelvo a casa. Lástima de Torres, mi amigo de la infancia. Pero odio a los Judas. La amistad es lo único que importa en este mundo. Me miro al espejo. El muy canalla copia mis facciones y me insulta. Lo rompo de un puñetazo. Mierda. Me he cortado una mano. Estoy de prisas. Tengo varios Pequeño Dragón que vender y unos horas para mudarme de barrio. La vida es dura.

Ahora ando con el Oriflama. Es un tipo duro de verdad; no como esos inútiles del Barrio Noviembre: Espada Roja, Vándalo Ronco, el difunto y olvidado Bicéfalo y compañía. Él es diferente. Estamos sentados sobre un contenedor abandonado, fumamos Iconoclastas con filtro, nos damos unos sorbos de jugo de manzana y disfrutamos de la noche. Por la calle pasa un tipo.

—Ese me debe una. ¿Vienes? —me anima Oriflama.

—Cuenta conmigo —le respondo.

Me cargo de anfetis y lo sigo. Somos uña y carne. Y somos los reyes del barrio Esmeralda; él y yo. La amistad verdadera es la cosa más grande de este mundo.

Lo encontré durante el regreso de una de mis excursiones al Sector Europa, en busca de novedades en software. Laura «Puño de Hielo» se había opuesto a la idea del viaje, pero empaqué sin escucharla. Le escupí cariñosamente en la cara antes de salir: «no discutas con la cabeza que te cuida el culo», y me largué. Adquirí algunos rompehielos australianos y media docena de controladores de comsats; visité el Museo del Prado; robé algunas flores de los jardines de Versalles y tomé un vuelo directo a Toronto. Allí alquilé un jeep y corté veloz el aire de las autopistas silbando melodías de Rock N' Roll de los setenta del siglo pasado. Uno de mis altos fue en un destartalado bar de camioneros, cerca de Omaha, y allí lo encontré, sentado a la barra, chupando una mezcla de yogur, vodka y alguna mierda sintética.

Lo examiné desde la mesa donde me sirvieron el desayuno. No podía evitarlo; era todo un espectáculo verle allí, su andrógina y estilizada arquitectura corporal, náufraga entre los burdos ropajes, los bíceps abultados y cubiertos de tatuajes porno y vociferantes improprios. Parecía un ser de otro mundo. Un alie-

nígena ideal corporeizado. Ni qué decir que mis hormonas se agitaron en su pozo existencial.

Encendí el motor del jeep y me disponía a salir quemando gomas, cuando vi su silueta bajo la amenaza de mis faros delanteros. Se aproximó; las caderas estrechas bajo los jeans ejecutaban una danza indescriptible:

—¿Vas por la 502? Me vendría bien un aventón.

—¿Hasta dónde?

—Salt Lake City estaría bien, si te hace ruta.

—Sube. Bienvenido seas.

Despegué con cuidado, temiendo lastimar su cuerpo alucinado por algún neuronaquemada homosexual. Parecía tan frágil.

Hicimos el amor en un granero cercano a la autopista, sobre la paja seca. Cualquier experiencia anterior me pareció un odioso error. Partimos al alba, sus largos cabellos negros ondeando al viento cortante, ojos en la distancia, declamando en voz queda poemas que no aparecían en mis antologías del siglo XVIII. Luego supe que eran suyos. La 502 se devoraba a sí misma bajo nosotros y la próxima noche me parecía insoportablemente lejana.

Ahora soy una transferencia bancaria en curso por una línea de alto acceso. En el próximo recodo cambiaré de enlace y me conectaré a un geosat estacionario sobre el Caribe. Si todo le ha ido bien, Puño de Hielo estará aún por los suburbios de Londres, haciendo tiempo y masticando paranoia. Nunca le olió

muy bien este contrato, pero no todos los días caen del cielo tres megacréditos en anticipo. Claro está que una cuarta parte se nos fue en equipamiento, más por su causa que por la mía. Yo siempre tengo lo último en soft, pero Laura no puede usar la misma arma en dos trabajos, dice que trae mala suerte. Quizás por eso fue que... Pero no quiero pensar, no ahora. Cambio de enlace y monitoreo el status de los comsats que tengo en reserva para mi retirada.

Al diablo con Salt Lake City. Me lo traje a casa.

De todos modos, a él le hubiera dado lo mismo; era un vagabundo que vendía su cuerpo y sus poemas a cualquier perdularia falta de afecto como yo que se atravesara en su camino. Traía consigo lo que llevaba puesto, y nada más parecía necesitar.

Laura me arrinconó con su musculatura en la cocina, sin importarle el volumen en estéreo de su descontento:

—¡Así que te dio una buena templada y lo trajiste, así de simple! Menuda estúpida estás hecha. Una boca más para alimentar. No me vengas con lo de que «nos va genial y cada vez subimos más en el rating». Bastante enfangadas estamos ya con el asunto de Ferguson, como para que te aparezcas con un consolador doméstico destinado a cambiar tu apodo.

Mi nombre legal es Katrina Kowalezscu, pero me dicen La Virgen. Acaso se deba a que en aquel momento llevaba unos tres años sin liarme con ente masculino alguno. Pero la presencia de Ángel no iba

a cambiar mi sobrenombre: está lleno de significado para mí. Soy La Virgen porque hasta ahora nadie ha logrado jamás penetrar mi hielo y acceder a mis secretos en software. Me gusta ser La Virgen. Es como el hálito del predestinado futuro.

—Tengo que salir a hacer unas compras en Pueblo Bajo —sentenció Laura poniéndose su masculinizante gabán—. ¡Y no quiero ver ni su sombra a mi regreso!

Mi primer contacto con una barrera. Disparo el código de seguridad preparado de antemano y la IA que controla el sector de infovías me deja pasar, creyéndome un archivo policial transmitido desde Sudamérica. Todo marcha a la perfección. Por si acaso, hago una intrusión ligera en una estación auxiliar de Corporación Transporte y desde un comsat monitoreo la armadura y los sensores de Laura. Está mascando goma, estacionada frente al Edificio Ferguson, su adrenalina al tope. Allá ella y sus nervios. Con tal que no la joda al entrar. No seré yo la que cometa errores, en especial esta vez.

Por supuesto que lo halló en casa al regresar. Él jugueteaba con el tenedor en su plato de vegetales, y yo lo acompañaba mientras vaciaba una botella de ron en muda contemplación de sus pálidas mejillas.

Laura no me habló durante tres horas. Tiró sobre la mesa sus nuevas adquisiciones: un rifle láser y un paquete de explosivo tóxico. Se ensimismó en su ajus-

te. Ángel y yo nos sentamos en el piso frente a la panopantalla, comiendo rositas de maíz y bobos de risa con la comedia interactiva de último estreno. Su risa era una graciosa mezcla de hipos y sonidos infantiles en falsete, en modo alguno desagradable; era hermoso. No debía tener más de veinte años. A nuestras espaldas Puño de Hielo hacía ruidos innecesarios y revolvió su material sobre la mesa, extrañamente, sin abrir la boca.

—Manténlo fuera de mi cuarto y mis cosas —rezongó Laura cuando tarde en la noche me retiraba a mi dormitorio—. Veremos cuánto te dura la píldora para tu sequedad de mucosas.

En ese momento Ángel salió del baño, obsequiando al aire frescas y enloquecidas feromonas; el talle ceñido por una toalla que si bien lo cubría hasta las rodillas, dejaba al desnudo la tersura angulosa de sus caderas. Puño de Hielo tragó en seco, clavó sus ojos azules en nosotros; en mí con envidia y en él con codicia. Se metió en su cuarto y cerró la puerta de un golpe.

Nada le dije a Laura al día siguiente cuando me desayuné su cara de mala noche en frenética masturbación. Las flores de Versalles estaban ya secas, de modo que salí con Ángel a comprar crisantemos azules a algún mercado naturalista de Pueblo Alto. Me sentía feliz.

Sigilosamente planto algunas subrutinas en mi camino de retorno, me enquisté en un ciberentorno local

de Corporación Consumo y adquiero un camuflaje de usuario suelto por delante de mí un esclavo de reconocimiento. Mientras, calculo cuánto podrá valer en lote la colección de armas de Laura, y si no valdrá la pena quedarme con unas cuantas. Decido que no. De cualquier modo, no sé andar con artillería y es probable que cometa un suicidio involuntario limpiando alguna.

Eramos la unidad perfecta: Laura y yo. El dúo ultradinámico en estudiada compartimentación. Ella era la chica dura, con sus cultivados treinta y pico, y un curriculum brillante en Ejército-Policía, truncado por un irreflexivo puñetazo que dejó a un superior sin nariz. Ella era el hardware; yo, el soft. Yo le abría a ella, desde mi consola, el camino a través de sistemas de alarmas y seguridad, para sus infiltraciones de ejecución o escamoteo de bienes materiales en inmuebles de alto acceso. Eramos muy hi-tec, y nuestro contrato se ofrecía a modo de subasta: al mejor postor. Teníamos planeado retirarnos a algo más calmado en unos años, después de acumular oleadas de créditos en los chips ID. Eramos el dúo perfecto desde hacía años, y Ángel simbolizaba la grieta imprevista, el factor desestabilizante en la programación de la maquinaria.

Por lo menos, así fue durante los primeros dos días. A la tercera noche, llegué a nuestro apartamento de Pueblo Medio, procedente de mi diario vagabundeo por los mercados negros de soft ciudadanos, y descubrí que Ángel no estaba en mi cuarto.

Con un nudo en la garganta, entreviendo el desmoronarse de mis castillos de arena, empujé la puerta de Laura.

Allí estaban, dormidos sobre un amasijo de sábanas y almohadas resudadas, la cabeza de Laura descansaba sobre el vientre de Ángel. El pobrecito estaría asfixiado si la ingente humanidad de mi amiga yaciese sólo un poco más sobre su gótico cuerpo.

No sentí enfado alguno, sólo una alegría purificadora. Me acosté junto a ambos, hecha un ovillo; besé la oreja de miel de Ángel y me dormí. Soñé con una iglesia, donde un conjunto de lobunos feligreses rezaban a un Cristo de sal. Soñé con un viaje de intrusión donde no existían para mí barreras ni hielos. Y, por supuesto, soñé con Ángel. Pero no fue un sueño húmedo, sino todo poesía, y el lamento grave de un saxofón en la distancia nebulosa.

Entre ambas le compramos un sintetizador Vox-Box y un ensamblador de imágenes 2D, luego de que nos confesara su idea de componer collages privados — en onda retro— con sus poesías. Engrosamos su guardarropa y adquirimos algunas otras chucherías con la ilusión de que tal vez renunciara a sus vagabundeos y se estableciese con nosotras definitivamente. Con tal propósito nos propusimos la misión de crearle una atmósfera y una conciencia hogareñas. Era un primor verlo en la cocina, rodeado por sus nuevos equipos y regalándonos manjares sólo soñados. Laura y yo fuimos, hasta ese momento, el típico dúo consumista de comida chatarra, nootrópicos, concentrados vitamínicos y cervezas dietéticas.

Nos turnábamos, días más, días menos, en el disfrute de nuestro común amante, pero nunca ejercimos el triángulo. Hubiera sido criminal echar así a la basura la noble intimidad de cada contacto.

Una vez nos metimos en la Plaza Octógono Blanco, la sede ancestral de los festivales de exóticos, y esbozamos unos dibujos con graffiti en una pared más o menos libre. Eran tres figuras humanas, concebidas como por hombres de las cavernas, y esbozamos nuestros nombres al pie de cada una.

Entregados a una vida disipada, en contraste con nuestra gris existencia anterior, fuimos a circos ambulantes, visitamos arcologías de extremistas sociales, asistimos a óperas interactivas y conciertos de tecno-punk. Y entre tantas y variadas locuras, no adquirimos un sólo amigo nuevo. No lo necesitábamos.

Era un paraíso en la tierra, hasta que el asunto Ferguson volvió a enfermarnos de paranoia las neuronas.

Capturo un infocorpúsculo residual y capto sus registros antes de que sea destruido por los sistemas de limpieza. Ahora tengo el código de entrada. Muy fácil, muy básico. Me instalo en una consola ejecutiva del nivel siete del Edificio Ferguson y chequeo a Puño de Hielo desde allí. Ya está dentro, en el lobby, sentada en un sofá y esperando mi señal por su intercom craneal. Es hora de trabajar en serio. Lo difícil viene ahora.

Ferguson era un industrial independiente que vendía sus series de experimentos a Corporación Energía. Un utópico en busca del *perpetuum mobile*, o algo así. Nos contrató unos meses atrás para hacerse de unos papeles guardados en una caja fuerte muy bien custodiada. El asunto salió bien. Sólo que por un descuido de Laura uno de los papeles se perdió —tal vez en las alcantarillas que le sirvieron de salida—, y entregamos el material incompleto. No creímos que fuera importante.

No obstante, Ferguson pensó que se lo habíamos escamoteado y olfateó un chantaje. Nos propuso un mega extra por el papel que no teníamos. Tras varios días de nervios consumidos en diálogos y discusiones, terminó concediéndonos tranquilidad y una disculpa irónica.

Meses después, la información que se supone estaba en ese jodido papel, apareció como base angular del proyecto de un competidor. Nosotras nos encogimos de hombros, pero Ferguson se lo tomó muy a pecho y nos acusó, en privado, de haber vendido el material. Nos amenazó con una persecución implacable y una ejecución si no nos metíamos en la planta del competidor y lo eliminábamos en dos días. Si lo hacíamos, se olvidaría de nosotras, sería benévolo, y pagaría una miseria de trescientos mil. Yo estaba al videófono. Laura soltó una grosería desde el baño, donde Ángel le daba un masaje de espalda. Yo cerré el contacto y me crucé de brazos. Menuda mierda.

Ni qué decir que hicimos el trabajo y recibimos nuestros trescientos mil, que no pagaron ni mucho

menos el costo de la operación. Hubo un jugo del carajo. Puño de Hielo tuvo que batirse cara a cara con seis acorazados en un pasillo, y un hielo negro casi me carboniza las neuronas. No obstante, terminado el asunto, salimos a festejar con Ángel, a quien le importaba un bledo nuestras ocupaciones laborales, y nos pasamos tres días de continua juerga por los clubs de frontera de Pueblo Bajo, sin pasar por casa una sola vez.

Al regreso, Ángel durmió veinticuatro horas seguidas, se levantó y declaró que se marchaba. De nada sirvieron nuestras lloriqueantes preguntas —lloré yo; Laura se mordía los labios— ni las promesas que le hicimos. Se largaba y eso era todo. Su alma gitana era más fuerte que los lazos —si alguna vez los sintió como tales— que lo unían a nosotras. Volvería a pedir aventón en las autopistas y a recitarle versos a alguna joven romántica. Tal, era su sino.

La puerta se cerró a sus espaldas, y el apartamento quedó como vacío. Yo contemplaba a intervalos el techo incoloro y el ceño fruncido de Laura.

Ella finalmente se levantó del sillón y salió, portando artillería media y un humor de perros. Yo la comprendía; andaría las calles de Pueblo Bajo en busca de una pandilla de camorrones desechables y los eliminaría para desahogar su rabia. Ella era así. Por si acaso, me instalé en mi consola y accedí, sin que se diera cuenta, a su implante ocular —perdió un ojo en una batalla urbana en Moscú, cuando era una joven legal— para monitorear su paseo. A veces retornaba muy mal parada de alguna de sus cacerías.

También lo hice para ocupar mi mente en algo y no pensar en Ángel.

Penetro el hielo de Ferguson y establezco garfios de sostén en el ciberentorno. Localizo las estructuras precisas y desenvuelvo mi entramado de virus y controladores. Ya estoy al frente de todo. No jugaré al ping-pong con la IA local si no es necesario. Retroalimento los sensores y cámaras de los conductos de ventilación con registros anteriores. Laura se mete, por un boquete, en el techo del baño del lobby y coloca de nuevo la rejilla en su lugar. Perfecto. Provoco una falsa alarma de incendio en el parqueo y tres cuartas partes de los acorazados custodios acuden. Laura sale en el piso cincuenta a un corredor de servicio y me consulta la ruta. Yo le indico. Perfecto. Mis programas dominan los ascensores y aísló el piso cincuenta al implantar códigos nuevos en las puertas. Laura se escurre hacia el pasillo B, ala Alfa del inmueble. Perfecto.

Puño de Hielo me dedicó una mirada fría cuando, entre ambas, abrimos el sobre sellado. Contratador anónimo: tres megas por adelantado, doce megas al terminar exitosamente. Objetivo: Ferguson. Ejecución abierta, en su oficina privada, sin importar la discreción. Día, hora, todo especificado.

—Una bomba en el jet privado sería más simple.

—Los negocios son así —respondí al murmullo enfadado de Laura—. Tendrías que viajar a Londres de todos modos.

—Huele mal.

—Huele a megas.

—Salgo mañana —consultó su calendario de vuelos—. Vieja York, El Cairo, Madrid, Londres. ¿Te parece?

—Magnífico. No olvides traerme un souvenir.

—Y a ti más te vale cuidarme bien el culo —rezongó Laura y empezó a empacar y a garabatear con un lápiz partido en una hoja de agenda su lista de compras.

Y te he cuidado el culo hasta aquí, ¿no es así, Laura? Muy bien; ahí tienes la puerta. Desconecto los cerrojos, confiándote que veo a Ferguson por las cámaras, dormido en un diván, que el tipo ronca como un ogro divorciado. Tú ríes y entras. Atónita, contemplas las muestras en las vitrinas y en las paredes del Museo Ferguson; antigüedades arqueológicas y pinturas originales del siglo XX. Ni rastro de oficina, de diván o de Ferguson. La puerta se cierra a tus espaldas. Blindaje militar, igual que las ventanas y los accesos de ventilación. La tigresa cebada en la trampa.

He soltado las alarmas. En pocos segundos estarán ahí los acorazados domésticos; tendrás compañía.

La muerte viene a ti, que gritas, lloras y me maldices.

Yo he muerto ya una vez, Laura, cuando a través de tu implante ocular vi tus manos —que parecían las mías— fundirse al cuello de Ángel, en un callejón de

Pueblo Bajo donde lo habías seguido, y apretar y apretar y apretar... Morí cuando me arranqué el enchufe tras presenciar tu silente ejecución, al creerme cómplice del crimen, al asomarme a la ventana y no saber qué gritar.

Adiós, Laura. *In pace requiescat.*

Plaza Octógono Blanco. Me detengo ante los dibujos en graffiti que algún empleado urbano ha cubierto con el holopóster de una PA bisexual. Sólo unos trazos sobresalen por una esquina, bajo el holopóster, y reconozco el graffiti azul de uno de los pies del cuerpo de Ángel.

Imagino que beso esos pies —los que fueron reales, de humo y leche—, y pido perdón a ellos, porque nunca me atrevería a evocar los ojos de pedernal del rostro que corona la estructura de ese cuerpo, resumen y complot de toda la naturaleza. Dejo en el asfalto, bajo el dibujo tan cruel y piadosamente velado, un ramo de flores, y me alejo silbando una vieja balada de Rock N' Roll en tonos menores, sin atreverme a llorar.

*Consumatum est;* dijo alguien famoso que no recuerdo.

Que para bien —o para mal— sea.

Ya eso no importa.

## Atomovilieta

Siempre las mismas estelas de luz a diestra y siniestra. Las mismas líneas sobre el asfalto clavadas en el horizonte, las mismas señales en el infomapa marcando los cambios de nivel, dirección y rutas. Siempre la feliz sensación de saberse un bólido de metal y carne que devora las distancias en la esclavovía.

Veldmaar Scorfzi toma una ruta alternativa y reduce la velocidad de unos 650 km/h a unos modestos 200. Desagradable cosa; convertirse en una tortuga desprovista del don divino de la exhalación. Pero es necesario; algo se ha desajustado en el automóvil, y la eficacia de los sistemas de frenado al vacío ha caído a un 94 por ciento. Es peligroso correr por la esclavovía sin frenos precisos.

El veterano atomovilieta atraviesa dos vías lentas y, al cambiar de nivel, abandona los túneles de la TransCaribeña, un tubo de sección octogonal que nace en La Florida, se apoya en las islas caribeñas, alcanza Georgetown sobre majestuosos flotadores y muere en Belén, vomitando e ingiriendo sin cesar los miles de vehículos que muerden con sus gomas sus tres niveles de 16 pistas cada uno.

Emerge en un flotador desde el cual se vislumbra la costa sudamericana; maniobra con algo de trabajo por el entramado de hilos de asfalto que lo llevará al área de mantenimiento. En la esclavovía uno se limita a pensar al mínimo; unos grados a la derecha o a la izquierda de vez en cuando, y el acelerador al tope. Eso es todo. Y el inefable sentimiento de vertiginosa gloria.

—Diga usted.

Veldmaar examina críticamente el sucio uniforme del empleado y sus manos llenas de grasa que sostienen cariñosamente un cachorro de orejas tristonas, y suspira con resignación desde su cabina:

—El compresor siete de la serie gamma en los frenos. Y por favor, lávese las manos y muéstreme el repuesto en su estuche de fábrica antes de proceder.

El mecánico enarca las cejas, pero se marcha obediente. Retorna al cabo de unos minutos con las manos un poco menos sucias y un paquete sellado:

—¿Bien?

—De acuerdo —rezonga Veldmaar, deseando que fuera Matsubaru, su técnico personal, quien manipulase el organismo delicado de su automóvil. Pero, qué remedio.

—Oiga —el tipo señala el interior del sistema, tras abrir el capó delantero—. Algo se mueve ahí.

—Disculpe —Veldmaar hace un esfuerzo y se recoge—. Proceda ahora —y advierte la mueca de náuseas del otro.

Veldmaar no ha salido de su cabina desde hace ocho años. Era ya un joven dotado de una extraordinaria

tendencia a la gordura y varios galardones en concursos mundiales de lucha sumo, cuando decidió entregarse a la vida adrenalínica de los atomovilietas. Al menos, no tendría que volver a caminar.

La excitación de la velocidad le estimulaba el apetito, y él se dio a la fácil tarea de llenar la cabina de piloto con su indetenible humanidad. A los pocos años, algunos volúmenes de su cuerpo se habían acomodado bajo el asiento y otros rincones de la cabina. Desde hacía mucho no sentía las piernas. Sus brazos tenían el sólo objeto de llevar la comida a la boca, pagar con el chip ID sus cuentas y limpiarse los dientes con un palillo. La higiene dental para él era algo muy importante y en ello ponía especial reparo. No soportaba la idea de la alimentación intravenosa, no por timidez ante semejante invasión de su albedrío orgánico, sino porque para él masticar y tragar eran actos tan sublimes como pasar a otro atomovilieta en una curva de alto riesgo.

Si lo sacasen de su caparazón de policarbonos y aleaciones diamantinas, Veldmaar sería un molusco pálido y ameboideo, con proporciones humanas extraviadas en los muchosseudópodos y volúmenes de carne extra que su organismo ha vomitado placenteramente, como un cáncer productivo. De alguna forma, algunosseudópodos han logrado abandonar el atestado espacio de la cabina, y buscaron desarrollo independiente en el pequeño compartimento de equipaje y en los recintos de la maquinaria, sin estorbar el perfecto funcionamiento del vehículo. Por el contrario, ante cualquier contratiempo mecánico, Veldmaar confía

más en el tacto de sus seudópodos que en los sensores de la miniconsola de pilotaje, y actúa en consecuencia. Hasta ahora, nunca se ha equivocado.

El cachorrito ha hallado una forma de escalar el fuselaje y se rasca las pulgas sobre el sistema de refrigeración del capó trasero. Veldmaar se remueve indignado en su prisión de policarbonos y seudometales, y le arroja, desde allí, una lata de cerveza vacía al animal. No le acierta, y el cachorro se pone a olisquear la lata con perruna fruición. El mecánico frunce el ceño, cierra la tapa delantera de un golpe y se hace a un lado, escupiendo el suelo:

—¿Qué tal?

El atomovilieta monitorea las lecturas de su consola:

—Ahora está bien.

—Doce mil créditos —masculla el otro.

—¿Podiera traerme algo de la cafetería? —sonríe Veldmaar, y enumera una sarta ingente de productos.

El hombre asiente y se aleja, seguramente preguntándose de dónde demonios sacarían los locos de esclavovía el crédito para pagarse sus repugnantes vidas.

La respuesta está en los usuarios que alquilan la diminuta monocabina de pasajero. Algunos de ellos son atomovilietas frustrados o en embrión, a veces con problemas clínicos que los distancian trágicamente de sus quimeras de exhalación. Más de una vez se le han muerto a Veldmaar en la monocabina, por infartos o mierdas así, pero el Código Legal absuelve al piloto de toda responsabilidad en tales casos:

«si tienes cuerpo de plomo, no quieras nadar». Cada cual sabe lo que hace.

Desde su cabina Veldmaar observa, a través del plexiglás de la cercana cafetería, los gestos descriptivos —sin dudas sobre su digna persona— que el mecánico despliega ante las narices de un camarero. Ambos estallan en risas. El cachorro dormita sobre una mesita. Veldmaar siente el odio nacer en algún rincón de su volumen incalculable y subir como bilis por su esófago.

El mecánico regresa, y coloca en las manos del atomovilieta el conjunto alimenticio pedido:

—Doce mil —repite—. Más cuarenta por la comida.

Veldmaar coloca su antebrazo sobre la placa lectora que el hombre le extiende, y desembolsa exactamente doce mil cuarenta créditos. Qué propina ni qué demonios. El otro traga en seco y se muerde los labios, rascando el cogote de su adormecido cachorrito.

—Puerco hipercebado —se le oye rezongar mientras la cabina se cierra.

Lentamente, Veldmaar accede a un área de parqueo a cielo abierto, transmite vía consola el pago de su espacio, y apaga el motor. Dormir en la esclavovía es imposible. Veldmaar se entrega al sueño tras setenta horas de acelerada vigilia, y evoca oníricos manjares que devora mientras atraviesa, cual bólido, las ciudades donde su velocidad es proscrita, y él es uno con su atomóvil, y el atomóvil es él: simbioses divinos y eternos.

Un rascar en el cristal blindado de su cabina lo despierta. El maldito cachorro husmea el cierre, y deja

un charquito sobre el fuselaje. Es demasiado para Veldmaar.

El motor se enciende. Inquieto, el cachorro baja del automóvil y se sienta en el asfalto, con un gruñido. El atomovilieta abre la cabina, mira en derredor, y arroja un pedazo de emparedado al centro de la vía de acceso a los primeros túneles. El cachorro corre hacia allí, y mordisquea la piltrafa. Veldmaar cierra de inmediato la cabina, y sus gomas muerden el asfalto.

El golpe es casi imperceptible. Un par de gotas de sangre caen sobre el parabrisas. El automóvil se interna en los túneles, alcanza la esclavovía, y acelera con feliz locura.

Veldmaar ríe.

Ríe mientras deja atrás uno tras otro a los lentos infelices que osan retarle. Pronto llegará a La Florida, y entonces tomará el camino de regreso hasta Belén, de dónde volverá a quemar gomas hasta La Florida, y así, interminablemente, hasta que se inaugure la TransAtlántica, en fase terminal de construcción ya, y pueda darse el gustazo de su vida.

Alerta roja en la consola.

Veldmaar Scorfzi se inquieta y chequea el delicadísimo organismo de su automóvil, diseñado y construido con la precisión de un transbordador Tierra-Luna.

Objeto extraño en el sistema. Sobrecalentamiento en curso. Perdido el 60 por ciento de la capacidad de dirección. Los automóviles carecen de sistemas duplicados; cuestión de espacio y economía. Imposible cambiar de ruta. Imposible aminorar la velocidad.

El atomovilieta hace acopio de sangre fría, y extiende desesperados pseudópodos, explorando, buscando la causa. La consola advierte un cierre de vía, a unos 10 kms adelante. Eso le deja un minuto escaso.

Una bilis se le atraviesa en la garganta cuando descubre los fragmentos de hueso y piel repartidos en el sistema hidráulico, enredados en los filamentos del control. Treinta segundos.

El paracaídas de frenado de emergencia no responde. Tampoco el disparador de asiento. El 87 por ciento de los sistemas en cortocircuito. La consola se apaga. Imposible emitir S.O.S.. Un bólido de metal y carne. Sólo el motor acelerando y acelerando en un aullido bestial por la esclavovía. Quince segundos.

Veldmaar imagina el bloqueo: una pared desplazada que tapa el túnel, dos metros de espesor metálico. Una manzana arrojada a 700 km/h contra un muro de granito.

Veldmaar cierra los ojos y se llena la boca con cuanto alimento halla a mano e inunda la cabina con ensalivadas piltrafas. Si ha de irse, se irá a gusto, con la panza llena. ¡Oh, dioses arcanos de la gula, acoged en vuestro seno al acólito predilecto! Un hueso de pollo se le atraviesa en la garganta, y entre estertores, Veldmaar abre una lata de cerveza para hacerlo bajar, pero no le da tiempo.

El impacto llega antes.

## Mi nombre es nadie

El hombre aguardaba en cuclillas, la espalda contra la mugre de una pared, en la vasta soledad del callejón. El nocturno fango ciudadano —polvo y humedad de alcantarilla rebosante— trazaba abstracciones sobre su jeans de holocuero. El frío de enero punzaba su piel a través del gabán y la camisa. Sus manos, apoyadas en las rodillas y cercanas al rostro, cambiaban de color cada tres segundos —rojo, azul, rojo, azul—, al ritmo de los neones de la propaganda de Corporación Consumo del edificio a su derecha. Alguna rata chapoteó en el extremo más lejano del callejón. El hombre aplastó con un dedo una araña mutada de diez patas que se arriesgaba a escalar la puntera de sus sucias tejanas, y devolvió la mano a su rodilla, no sin antes llevársela al rostro y olisquear complacido el acre perfume de la muerte del insecto.

Tras unos minutos, unos pasos llenaron el vacío. El hombre se incorporó, aferró la pistola en el bolsillo del gabán y encaró al recién llegado.

Lucía un impermeable transparente sobre el elegante traje de algodón natural. Calzaba zapatos de marca y se cuidaba mucho de pisar en los charcos. El

que aguardaba reprimió una sonrisa mordaz, aunque sus ojos, invisibles bajo las gafas, se entrecerraron con un relámpago de mofa.

El recién llegado se detuvo a un metro escaso. Un tatuaje móvil le recorría el rostro de mejilla a mejilla, cambiando de paleta cromática al azar en los pómulos. A la escasa luz era imposible distinguir bien, aunque se intuía algo figurativo; un grifo o un dragón, a juzgar por las alas.

—Soy Noria —dijo el hombre elegante.

—Yo soy —el otro dejó reposar el arma en el bolsillo y se cruzó de brazos.

El elegante le pasó un papel donde con toda nitidez se veían un rostro, una figura de cuerpo entero y media docena de párrafos en jerga. Al cabo de un minuto, el papel se hizo polvo entre los dedos. Algunas partículas fosforescentes cayeron sobre los zapatos de ambos, el resto murió en los charcos.

—¿Cuánto? —inquirió el del gabán.

—Dos mil. Vía La Estrella.

—¿Con o sin público?

—Da igual. Pero antes del amanecer.

El elegante se marchó por donde había venido.

El golpeador lo miró desaparecer al doblar la esquina. Casi acto seguido se escuchó el portazo de un auto, el arranque de su motor —un ultracaro motor del siglo pasado—, y las gomas arañando el asfalto. Sólo entonces el golpeador salió del callejón a paso lento, y se sumergió en la modorra de las calles. Los rascacielos del centro de Praga brillaban cual estilizadas mazorcas de luz, imitando sin mérito al-

guno las torreagujas de la distante Ofidia. El golpeador, con la boca trémula bajo la sombra de un recuerdo, apresuró el paso, y huyó del silencio en busca del suburbio vecino y su bullicio de guerras sin fin.

De prisa, atravesó las calles más inquietas, y llegó a la Avenida del Sándalo; dos vías contrarias y propagandas pornotradicionales, trans-sex, bi-sex, exo-sex, uni-sex, pluri-sex, mega-sex, y ultra-sex en neón, holos, 2D, 3D, y panolumínicos de irradiación bacterial. Deteniendo la mirada a pausas escasas, el hombre examinaba con casual indiferencia todas las variantes del goce carnal ofrecidas, y siguió su camino a través del Pueblo Bajo de Praga.

Un cuarto de hora después entró en Pueblo Medio y tomó un sub hacia Pueblo Alto, tras escurrirse en el andén de una patrulla legal con miradas suspicaces.

El ambiente del Pueblo Alto local no le resultaba inquietante. Ni comparar con el Pueblo Alto ofídico. Aquí se veía un legal sólo de rato en rato, y la hora

—media madrugada—, que en la capital del orbe era el tiempo álgido del glamour, aquí no exhibía más que rostros ociosos a la puerta de los clubs y grupos de adolescentes en tímido trasnocheo. El golpeador escupió un holopóster —DIVISIÓN TU POTENCIA: DIOS ÚNICO— y caminó con nostálgica rabia hacia el extremo norte.

Pub Bosque Negro: local de exóticos, quimioadictos y culetas de clase. Desde la esquina, el hombre examinó las pintas de los que entraban y salían, olisqueó

el ambiente exterior entre un cigarrillo u otro, y sólo entonces se alejó en dirección al vecino barrio comercial.

Tienda independiente Ultimátum XIII. Cerrada. El segurante de guardia estaría disfrutando del serial «Pelotón de ineptos» del canal 2069, masticando su sandwich y sorbiendo su ceroetífica. El golpeador, tras examinar las puertas y los costados del inmueble, se decidió por el techo.

Una gota de sudor —nervios, no temperatura— cayó sobre el dorso de su mano. Pura suerte que no sobre los circuitos al descubierto. Decididamente, ya no era el mismo de antes; en Ofidia sus manos nunca habían temblado ante un simple cableado de sistema. Eran otros tiempos.

La escotilla se abrió. Las alarmas permanecieron mudas. El golpeador recogió meticulosamente sus instrumentos y se asomó hacia el interior.

El segurante cayó de bruces ante la panopantalla donde el Coronel Mostaza se desgañitaba ante el malformado Pelotón de ineptos de turno. En su caída derribó una mesita donde reposaban una caja de rosquillas en almíbar y el casco de su armadura. Una ceroetífica abierta borboteó sobre el piso.

El golpeador no se molestó en comprobar la muerte; nadie sobrevive a un plomo tóxico en el encéfalo. Tras una ojeada a los íconos de seguridad que mostraba la miniconsola, desconectó los espías internos del inmueble. Ahora podría moverse con comodidad y hallar lo que necesitaba. Aunque no disponía de mucho tiempo como para ser exquisito.

Corría de un departamento a otro por la tienda, buscando, eligiendo, descartando. Se rió un poco de sí mismo. Él, que fuera antes uno de los «sombras» más cotizados del rating ofídico, fungía ahora de ratero de 5ta categoría. La vida era dura. Al menos poseía aún el don de poder burlarse de su propia situación. En unos años, cuando ya no pudiese hacerlo, seguramente se inclinaría por un disparo en la sien, con su propia arma. Pero eso no llegaba aún.

Emergió por la misma escotilla del techo, llevando a la espalda una mochila con su cosecha. Bajó por la escalera de incendios, dobló una esquina del edificio, y tropezó con alguien que venía a todo humo en dirección opuesta. Recuperar el equilibrio y apuntar su arma fue un sólo acto reflejo.

Un niño. Un pichón que con gesto rápido recogió del suelo la cartera que se le había ido de las manos en el choque, y miró al golpeador con recelo, mientras abrazaba contra su pecho el beneficio de su última pillería. Luego sus ojos viajaron del rostro del hombre al cañón del silenciador de la pistola que le apuntaba justo entre las cejas.

El golpeador lo examinó a su vez. La ropa del niño era un lamento. Producto de la cloaca, mutación social. Sólo en ciudades de Europa Central u Oriental podían verse aún criaturas como aquella. El hombre evocó, en un relámpago, su propia infancia de cloaca, en Ofidia, antes de que Ejército-Policía lanzara su primera campaña punitiva contra los miles de mocosos que sobrevivían en las alcantarillas y basamentos de la ciudad, al margen de la existencia legal.

El niño esbozó un gesto con los dedos de su diestra: «no te he visto, no diré nada, paz.» Sus cejas, sus labios, sus temblorosos hombros de ave, todo en él suplicaba.

La pistola bajó por unos segundos, para volver a elevarse luego con la celeridad de un ala de libélula y escupir su plomo. El golpeador frunció los labios endurecidos; un pichón ofídico nunca hubiera suplicado. Pasó por sobre el pequeño y encogido cadáver con una zancada, desdeñando el bolso de mujer, y sintiendo un poco de rabia consigo mismo. Hace años, en Ofidia, no hubiera dudado ni un momento. Decididamente, el tiempo y el ambiente lo estaban ablandando.

Una hora después, un exótico cuyas galas lucían fastuosas incluso entre la fauna rara de Praga, traspasaba sin contratiempos el umbral del Bosque Negro. La pistola, a salvo de los detectores gamma gracias a su recubrimiento de cerogel militar, iba oculta en el sobaco izquierdo, a la vieja usanza de los gánsters de un siglo atrás.

Cinco minutos después ya tenía ubicados a su blanco y a su guardaespaldas. Eran una bonita pareja. Un holocollage de cuadros de Dalí envolviendo una armadura —sin manipuladores o armas robot—, y un príncipe de fantasía travesti con alas de mariposa. El blanco no llevaba armadura. Probablemente portaba un generador de escudo, útil contra minimisiles, cortantes y láseres, pero no contra un diminuto y efectivo plomo tóxico; sonrió el golpeador complacido para sus adentros. El gorila le preocupaba mucho más.

Se acercó a ellos atravesando el caótico jolgorio del pub. La irrealidad multicolor, multitextura, multisonido y multitodo que lo envolvía y le agredía los sentidos no lograba desconcertarlo; esto no era mas que una parodia patética de los carnavales exóticos que en Ofidia habían sido más de una vez retablo de sus acciones. Sorteando ilusiones y movimientos, se detuvo a media docena de metros de sus objetivos, encendió un cigarrillo y observó con puntillosa profesionalidad. Escopeta de impactos, dos puñales, subfusil y revólver; la artillería del gorila, todo camuflado con maestría en la compleja parafernalia del disfraz. El golpeador ronroneó de placer. Sería un honor como contrincante. Sin prisas, se dirigió a la barra; podía disponer de unos minutos para un trago.

Tomó la banqueta que segundos antes abandonase un exoextremista; cero disfraz, sólo implantes sobre implantes, cada cuál más bioabusivo que el anterior.

Pidió un Decibel clásico y gruñó cuando el barman ejecutó la mezcla ante sus propios ojos y se la presentó con desgana. Una muchacha se sentó a su lado un minuto después, y pidió una soda con brandy. El golpeador la miró de reojo; piernas delgadas, pechos pequeños. Su boca era una temblorosa agalla azul en el marfil del rostro, bajo la fina nariz y las supernovas de los ojos. Ella dobló un dedo: «¿Quieres carne natural?»

Él se encogió de hombros. Praga era una de las tantas ciudades del orbe donde la prostitución era legal por aquel año. Pero el sexo al natural —cero implantes, biosimbiontes o cualquier tecnocorrupción del

pecado original— no era ni mucho menos una oferta de moda, no con el GUSANO-9-E, «E» por Europa, asolando las gónadas del viejo mundo. Ante la aparente indiferencia del hombre, la chica se levantó y se largó de vuelta al caos con su vaso, no sin antes dejar una tarjetica sobre la barra. Él recogió el retazo de plástico, se lo metió en un bolsillo sin mirarlo siquiera, terminó su trago, y decidió que ya era hora.

El escudo del blanco reaccionó al instante ante el fino haz de láser de la mirilla que el golpeador había montado en su arma. El blanco saltó a un lado, tras las espaldas del gorila-pluriDalí. Este sacó su escopeta y disparó al azar, al tiempo que conectaba su holocampo de modo que los camuflase a ambos. La confusión no se hizo esperar en el local. Los exóticos, quimioadictos y culetas corrieron de aquí para allá, buscando refugio en los rincones o atropellándose unos a otros en la puerta. Era el efecto esperado, el golpeador se chupó los labios con sorna, y disparó a uno de los dispositivos anti-incendios del techo.

El agua de los aspersores dejó de manar a los diez segundos, pero éstos fueron más que suficientes para inutilizar el holocampo que ocultaba a sus blancos. Los descubrió pegados a una pared. El umbral estaba del todo bloqueado por la multitud en frenética huida. Las puertas interiores se habían sellado automáticamente. Seguridad interna. Una alarma resonaba en la distancia. Los legales tardarían unos minutos en llegar y acceder al pub. Minutos suficientes.

El golpeador saltó desde su escondite tras una columna, dejándose identificar por sus objetivos al instan-

te, y disparó al vuelo. Su plomo mordió el blindaje del gorila en pleno pecho, sin más efecto que la embestida de una mosca contra una placa de acero. La descarga de la escopeta del gorila destrozó una serie de espejos a las espaldas del golpeador, un instante después de que éste rodara por el piso tras el aterrizaje.

El gorila tendría que irse primero; apuntar al blanco primario por sólo un segundo significaría dejarse matar a su vez. Los tres lo sabían. El blanco se replegó calmado hacia un rincón, y el guardaespaldas dio inicio a su cacería.

El golpeador acudió a toda la serenidad disponible en sus nervios. Los servomecanismos de piernas y brazos de su rival funcionaban al tope, y así podía llevar al gorila de una pared a otra, del piso al techo, por todo el espacio del pub. Y no dejaba de disparar. El golpeador rodaba de un lado a otro, cubriéndose con los muebles o con los cuerpos de los exóticos que, enloquecidos por la mezcla de drogas y terror, deambulaban desorientados o corrían lanzando alaridos. Varios salpicones de sangre ajena lucía ya el golpeador en su disfraz. Y seguía sin disparar un solo plomo. En su rodar y eludir, el golpeador se hizo de un patrón de movimiento, en un óvalo batante amplio sobre el piso desnudo. Su rival aceptó el juego, y se obligó a un esquema de saltos calculados y precisos. La ronda se repitió dos, tres, cuatro veces. A la quinta vuelta un fragmento de metralla rozó el costado del golpeador. Y a la séptima, el golpeador disparó.

El cable que sostenía un ángulo de uno de los paneles de irradiación del techo fue cortado por el plomo.

El panel se balanceó, sostenido aún por otros dos cables, el metro suficiente para embestir la espalda del gorila en pleno salto. Fue un golpe suave, pero al desviarse en su vuelo el gorila no logró apoyo en la pared, se precipitó al piso y aterrizó a tres pasos del golpeador. El efecto esperado.

Justo antes de que el guardaespaldas aterrizase sobre sus pies y con ello lograse el impulso para saltar de nuevo, el golpeador empujó una mesa bajo su cuerpo en caída. Esta se destrozó bajo las plantas del otro, dejándolo sin impulso o equilibrio por un par de segundos. Segundos suficientes.

Llegar hasta el rival, amagar un ataque cuerpo a cuerpo, sacarle un vibropuñal de su propia vaina y clavarlo en la visera del yelmo apenas tomó aquel par de segundos al golpeador. La armadura se vino al piso. Una de las piernas se estremecía, en convulsiones post-mortem. El golpeador giró hacia su blanco primario sintiendo un ardor en el costado, donde había sido herido momentos antes.

Las puertas se habían abierto. El pub estaba ya del todo vacío, a excepción de ellos dos y una treintena de exóticos que habían salido con poca suerte del juego involuntario; muertos o moribundos. La policía aguardaba afuera, planificando su entrada.

—¿Quién te envía? —habló con voz clara y sonora el príncipe. Indudablemente intentaba ganar tiempo; su diestra ocultaba algo bajo el traje. El golpeador no se inquietó por ello. Se limitó a apuntar entre las cejas con todo cuidado; tenía el pulso algo inestable. Y pocas cosas le gustaban tanto como ejecutar de un sólo impacto. Limpio. Profesional...

El disparo de revólver le acertó en una pierna y le hizo perder el equilibrio, lo que de hecho le salvó la vida; la segunda bala pasó silbando junto a su oído. Maldición, tenía que haberlo pensado. Era tan obvio.

Rodó por el piso, mientras otros cuatro disparos arrancaban fragmentos de seudomármol a su alrededor. Revólver vacío. Su blanco soltó una palabrota y echó a correr. Inútil intento. El plomo tóxico le acertó en la nuca. Uno sólo. Limpio. Profesional.

Casi acaba con él no obstante. El golpeador lanzó una mirada rencorosa a la armadura, aún erguida a sus espaldas con el revólver vacío en la mano blindada. Había perdido instantes preciosos. Tenía el muslo atravesado por un buen calibre. Un fragmento de metralla se le alojaba por debajo de la última costilla. Todo indicaba un telón reciclado. Pero aún tenía una oportunidad.

Gateó hasta el cuerpo del blanco y hurgó en sus ropas, sintiendo las sienas latirle con urgencia. Exhaló un suspiro de alivio: el control remoto de la armadura no se había roto. En pocos instantes se hizo del control, obligó a la armadura a avanzar hasta él, cargarlo en brazos y llevarlo hasta la puerta del local, que permanecía abierta. A través de la visera se vislumbraba el rostro contraído del cadáver, la hoja opaca del vibropuñal atravesándole un ojo. Con un estremecimiento no usual —diablos, se estaba ablandando— el golpeador apartó la mirada y examinó el exterior.

Unos veinte o treinta legales, ocupando posiciones tras sus autos o en la calle. El golpeador sonrió; aún podía dejarlos con un palmo de narices.

La armadura saltó, con él en brazos, hacia afuera primero, y luego hacia arriba. Los brazos blindados le oprimían las costillas y las piernas, cortándole el aliento y provocándole punzadas tremendas en las heridas. Con una palabrota, se hizo llevar de balcón en tubería, de ventana en alero, siempre hacia arriba. Saltos. Saltos. Sonaron varios disparos, de los cuales un par le acertaron a la armadura, sin causar efecto. Cuando al fin logró ganar el techo de un inmueble, el golpeador lanzó un largo suspiro.

Rastrearlo sería cosa fácil; lo sabía. Tenía escasos minutos. Con manos débiles, pero ágiles, accionó los cierres de la armadura, sacó el cadáver, y ajustó lo necesario. Luego se hundió en la sombra de unos paneles solares y contempló a la armadura irse saltando de techo en techo, con el cadáver en brazos, hasta que un minimisil hizo blanco en ella a quinientos metros de su posición. Satisfecho, rompió de un golpe el remoto, buscó una escalera de incendios, y se alejó en dirección opuesta por las callejuelas del Pueblo Alto de Praga. Por primera vez en muchos años sintió algo así como un cariño agradecido por aquella mierdera ciudad.

La Estrella —pelo escarlata y ojos de cobra en celo— lo hizo reclinarsse en un diván y echó una mirada a sus heridas:

—Dos impactos. Estás perdiendo facultades.

Él rezongó algo por lo bajo.

—Nada grave —siguió ella—. Dolor, pero poca sangre. Déjame...

—Lo mío, primero.

—Por supuesto —ella colocó su muñeca sobre la de él y le transfirió el crédito—. Deberías tomar vacaciones. Ya no eres hacha joven.

—¿Me arreglas, o lo hago yo mismo?

—Además de viejo, gruñón —rió la mujer—. Un segundo.

El golpeador cerró los ojos. Sólo por un segundo. Al volver a abrirlos, descubrió el cañón de un subfusil apuntándole al rostro. No pudo reprimir una sonrisa. Ella habló:

—Lo de esta noche debe quedar en silencio. Era demasiado jugoso como para dejarte ir. Lo siento.

Ella estaba erguida a dos metros del diván. Él, echado en la postura en que se había dejado caer, no tenía posibilidad alguna. Pura física. Cómo intentar incorporarse de una silla sin inclinar el torso.

—Lo siento —repitió ella, con un pestañeo indeciso.

—Yo también —suspiró él, y saltó. Un sombra ofídico sabe reírse de la física, si cuenta con un cuerpo entrenado para ello. Un dolor indescriptible le recorrió los brazos, pero su cometido fue exitoso. La Estrella se desplomó, el cuello roto por una certera patada.

Gimiendo, el golpeador se sentó en el piso, con las piernas cruzadas y metiendo las manos bajo las corvas. Oprimió con fuerza, dio un tirón seco y gritó cuando las articulaciones de sus brazos volvieron a sus lugares originales. Se tomó aún cinco minutos en administrarse un antiinflamatorio articular, curarse las heridas y pegarse unos emplastos de sintpiel, antes de husmear el pasillo, salir, y buscar el aire frío de la madrugada.

Una vez fuera, se arregló el cuello del gabán, restregó con un papel que tomó del suelo la puntera de una de sus tejanas, y buscó en sus bolsillos hasta hallar una tarjetica. La examinó a la luz de una vidriera: una dirección, un rostro 3D, un precio.

—No recuerdo haberte visto antes —dijo la joven soñolienta, mirándolo por una rendija entre la puerta y el marco.

Él sacó la tarjeta.

Ella frunció el ceño y luego sonrió:

—Ah. ¿Bosque Negro, no? ¿Hace dos horas? Ibas con un traje renacentista. O lo parecía. Oye —bostezó—, estoy muy cansada ahora. ¿Por qué no vienes mañana?

—Pago el doble.

—Entonces se hará un esfuerzo —aceptó y lo dejó entrar.

Tres horas después, la mañana se filtraba por las ventanas. El golpeador se levantó sin hacer ruido, se vistió, y le dedicó una mirada a la joven, quien roncaba ligeramente. Carne natural. Valía el precio doble.

Con un suspiro, el hombre empuñó la pistola, colocó el silenciador, y apoyó el cañón sobre los crespos rubios de la joven. Esta se removió un poco. El sonido de un click llenó la habitación.

Lentamente, el hombre retiró el arma, sacó el cargador, y no pudo reprimir una mueca. Vacío. Hurgó en sus bolsillos y no encontró un sólo cartucho.

Contempló la habitación. Nada notable, sólo la clonada mediocridad de una puta novata. Incluso se había dormido dejando a un extraño en su cama, en su

guarida. Animalillo tonto: no sobreviviría mucho en Praga en tales tiempos.

Acarició la mejilla de la joven, y apartó los rizos que le caían sobre el cuello. Su tacto le alertó. Con súbita palidez en el rostro, conmutó el biolente de su ojo izquierdo a microvista, y descubrió bajo la oreja las huellas de una impresión que alguien no muy hábil había intentado borrar: GUS-9-E. Y un código de registro médico corporado.

Un nudo se le formó en la garganta, y una parte de su conciencia alargó las manos hacia la yugular indefensa. Pero, en realidad...

Con cansada lentitud, volvió a quitarse la ropa. Una noche tan larga. Se metió de nuevo bajo la manta y hundió la nariz en la espalda de la muchacha, quien se removió musitando algo ininteligible y cariñoso. Tal vez, en sueños, lo confundía a él con otro.

—No me has dicho tu nombre —susurró él, sin esperar realmente una respuesta.

—Tú tampoco —le llegó, no obstante, la voz de ella, un aleteo de colibríes—. Pero eso no importa.

Al parecer, era el día de las cosas que no importaban. Ni siquiera la muerte. El hombre se abrazó al talle de la joven, depositó un beso entre sus omóplatos, olisqueó su cuello y cerró los ojos.

Oye, Walter, ¿tienes un Salem? Gracias. ¿Fósforos? Bien. Hace dieciocho horas y cuarenta y dos minutos que no echo humo.

Hmmm...

No, Walter, de verdad, no quieras una resaca de Hiros, ni de cualquier otro afrodisíaco compulsivo en tabletas que se monte un billar con tu tiroides. Aún tengo disparadas la triyodotironina y la tirosina, y estoy muerta de hambre, con ahogos, y tirándome con anfetás desde ayer, para no acabar el año en un cilindro de criogenia con los galenos torquemadas del Anima Ad Infinitum... Sí, ya sé; me pondrás un bonito epitafio.

Bueno, pues, me desperté, y Janusz esfumado. Por supuesto que lo dejé todo tal y como estaba; vajilla puerca, sábanas puercas, y puerco todo lo demás. No encajo de ama de casa, tú lo sabes bien. No, no vomité. No soy una niña.

¿Entonces? Salí. Cogí mis ruedas y di pedal hasta la vieja fábrica de la División Griffin. Sí, allí mismo, donde se apostaba a quemar cromos. Claro, me imagino que ni te acuerdas. Bueno. Arrabaleé un poco,

tú sabes, mirando la mañana y todo eso. Me gusta controlar mi barrio. Canturreando. ¿Recuerdas? Aquello de «un cíber con bigotes se graduó de pedera...»

¡Ay, okey! Ya te cuento. No me entra. ¿No se supone que ya te lo contaron todo los legales?

¿Oírlo de mi boca? Bien, te complazco. La verdad es que no fue tan graaan cosa como ellos creo que te dijeron... Bueno, sí, un poco. Coño, la verdad que me desesperas.

Pues, ahí voy, mirando un perrito que como que quería jugar, porque corría y se escondía, y después me caía atrás, y se volvía a esconder. Habráse visto, como si una fuera una mocosa. Por poco le cuelo el tacón de una bota por el hocico, cuando en eso freno, y hay como ocho camionetas y dos turbocópteros y veinte skycars aparcados ahí, en el patio de la fábrica. Una pila de tipos armados. Bueno, y no me ven, pero yo sí que los veo, y hago así y me meto detrás de una columna. Tú sabes cómo es eso. Seguro que estaban moviendo... qué sé yo, algo ahí. Y pongo el ojo fino. Claro, sí, ya sé, tremenda complicación, pero si salía así de repente me iban a ver, porque miraban para todas partes, la verdad que la casualidad es tremenda maricona, y aunque yo siempre me he tenido por bucanera de primera línea en la candela...

¿Jodida pedante, yo? Muérdete el pito. Yo tengo mucho asfalto en los blúmers, y eso es lo que vale.

En fin. Una cosa se me pega a la pierna, y miro, y es el perrito. Lo miro bien y pego un brinco, cuando me doy cuenta del tipo de animal que es. Chihuahua,

creo que les dicen. ¡Si lo vieras, Walter! Con pelo de verdad y todo de verdad. Tuve que cargarlo y mirarle bien los ojos y los dientes, y hasta los huevitos y todo, para convencerme. Un milagro. Ni sintético, ni con sello de clonación, ni nada. Un primor. Y pienso que debe valer su peso en platino, que de dónde habrá salido... Fino como ni dios, tú. De verdad.

Oye, aflójame otro. Gracias. Hmmm...

Ah, bien, bueno, te digo, una cosita insoportable. Macho. Y sato como él solo. Me hacía cada currusumerías...

¿Los tipos? Ahí. Dos grupos. Y armados todos, si los vieras. Que ni los comandos AVISPA. Menos dos: un hombre y una mujer, con unas ropas de ésas de recepción en Pueblo Alto y Torreaguja Fénix Imperator; del carajo. Se dan las manos, van a una camioneta, un tipo se echa el fusil al hombro, abre la puerta de atrás, y ahí la tipa mete un grito, y los segurantes cuelan el dedo en el gatillo, y el tipo como diciendo que no, que no, que no haya lío, tú sabes, yo estaba muy lejos y no oía casi ni mierda...

¿El perrito? Muy sensible de tu parte. Ahí, sin dejar de lamerme los cierres de las botas. El muy gusano. Creo que hasta me las meó, pero no estoy segura, porque en eso un tipo señala para donde yo estoy, así de exacto, y ahí arrancan matándose como diez orangutanes para arriba de mí.

Pues claro. No digo yo si salí de láser, de humo y pelusa, de mi rincón. Oye, yo le piso la cabeza a cualquiera en mi barrio, pero ni Hueso Héctor se puede meter a diez de esos tipos; una cosa es un serial adrenalínico de clase B, y otra la puta dialéctica.

Si hubieran sido menos, me tiraba. No, yo no tenía armas, pero me le cuelo al puño libre, y un recto a la tráquea bien conectado...

Bueno, ya, está bien. Agarré las ruedas, metí al perro en la canasta, y pedaleé como una olímpica. Que va, olímpica es mierda. Como con arañas en el culo.

Que por qué cogí al perro. ¿En qué limbo vives, Walter? Ese animal era megas. Y tú sabes bien que tengo la idea, desde hace años, de irme a una penturbia en el Tibet. Un cambio de aires para tonificarme las neuronas. Pero es una onda tan elitista que tienes que pagar miles por un suspiro de terreno, y de contra...

No, qué va. Cogí por dentro de la instalación, por si me echaban atrás las camionetas. No nació ayer, palomo. ¿Y sabes qué? Pues cagada. Me tiran detrás a unos locos en turbomochilas. Soltaron un par de redes, pero se enredaron en los tubos y por poco se deshuevan ellos mismos. ¿Demasiado prosaica, yo? Se ve que hace milenios que no nos pillamos, queridito. La última vez... ¿Como cuándo fue eso...? Creo que ya van dos años. Por cierto, ¿cómo te va por allá..., por ...cómo se llama... Bangladesh?

No seas grosero. No intento cambiar el tema. Es que me interesa, ¿no? Al fin y al cabo, eres mi...

¡Ya, ya! Coño, papá dios, qué paciencia.

Si supieras, tenía ganas de que Janusz estuviese por allí. No sé, una mano venía bien. Pero lo pensé mejor; Janusz está jerarca para poner el pan en la mesa y el pito en la cama, pero no para sacarme a unos gánsters de arriba. Para eso me basto y me sobro. Además, es un mojígato, ¿no lo sabías? Impresiona a primera vis-

ta, pero se desmaya de ver una navaja. Desayúnate. Con todo ese corpachón de esteroides... Aunque en los últimos tiempos como que se ha puesto blandito. Está hinchado de aire, eso es lo que pasa. Yo soy otra cosa. Mira, toca este bíceps, ¿fibra pura, verdad?

Sí, sí, ya sigo. ¿Alguna vez te interesará cómo es que vivo, o sobrevivo? ¿Para eso es la familia, no?

La tuya por si acaso. Aunque eso de fronteriza teratogénica suena cómico. Mira, dame un Salem y cállate por un rato, haz el favor. ¿Okey? Hmmm...

Pues me meto en unos almacenes, y después por un pasillo. Los tipos detrás de mí. Me cuelo por unas duchas. Los tipos siguen. Salgo a un patio cerrado. Sí, y ahí casi me cogen. Pero suelto las ruedas, me cuelo de cabeza por una alcantarilla abierta y por ahí para abajo. Mi ropa: un asco. Y ni hablar del pelo. Mira, huele...

Carajo. Corrí hasta que solté el bofe, y me senté en un entronque, ahí mismo, en la mierda y todo eso. Pero no te creas que dejé al chuchito detrás. Ni modo. Ahora estaba asustado, y lloriqueaba. Qué remedio. Me lo puse en los muslos y empecé a hablarle, para que dejara la histeria y no nos delatara. Esos chillidos sacaban del trance a un buda. Qué sé yo lo que le dije, creo que hasta le canté algo y todo. ¿Y sabes qué? Acariciándolo, veo que tiene una cicatriz, fea y larga, en el vientre. Me pregunto qué veterinario lo habrá dejado así. No sé, a lo mejor le hizo falta un trasplante de hígado, o de riñón. Con toda la basura esa que venden para comida de mascotas, no me extraña.

Estaba caliente, como afiebrado. Y yo también. No digo yo, con el metabolismo a mil, por culpa del Hiros.

Oye, no sé si era delirio de fiebre, o que de verdad el animal quería decirme algo. Porque me estaba diciendo algo. Lo hubieras visto, Walter, tembloroso e infeliz. Con esos ojitos que lo veían todo y todo se lo creían, como un niño. Dos turquesas, eso eran, ese par de ojitos. Olía, bueno, tú sabes, como huelen los perros, pero como a un perrito bien cuidado, de vitrina y desfile. Estaba ahí acurrucado, en mi regazo, empuercándose con toda la mierda que yo tenía encima y, ¿sabes?, le importaba un pedo. Por lo menos, no estaba malcriado. ¿Instinto maternal tardío? Mételela, tú. Se ve que nunca has estado en el asfalto. La vida donde yo la vivo es dura, y nos hace duros, pero un gesto amable y sincero, aunque sea una sonrisa de policarbonos o de un perro, vale lo que no vale una carabina láser. Me lamió la barbilla. Y el cuello. Picarón. Quería jugar. ¿A ti nunca te ha lamido un perro, verdad? Se ve. Es genial. Como para morirse de gusto...

Eres un insensible, Walter, siempre lo has sido. Sí, ya sé que no te tiraste para acá desde allá para oírme hablar de un perro. Pero me vas a oír, tú...

Ya, ya. Tiempo. De acuerdo. Sí, nos encontraron. No sé cómo coño. A eso de la media hora, ahí de sopetón, tenía arriba a tres tipos. Pues claro que me batí. Como que dejé a uno bizco de por vida. ¿Daño? ¿A mí? No. Bueno, no muuucho. Veinte bofetadas y una escupida, cuando más. Insultos, los que no te ima-

ginas. Uno me aguantó por detrás. Argh, repugnante, el gorila aquel pegándose el pito en las nalgas. Pero yo, tú sabes, cabeza bien alta. No soy una cualquiera y tengo mi orgullo bien puesto, con letra de molde, en la frente. A lo que venga.

Y el otro, que traía en la mano un chisme que parecía un remoto de cíber, se lo guarda, y coge al perrito, y nos vamos, no por mi iniciativa. Me pusieron unas esposas y va que jode. Con eso bastaba. Recuerda que yo no había ni desayunado: tenía las piernas tan flojas que apenas me levanté, me dieron calambres y mareos. Y como que me estaba dando fiebre. Ni pensar en otra escapada. En la calle jugamos músculo y neurona, y yo ya estaba reciclada hasta las heces. Dimos tumbos para aquí y para allá, como nómadas de cloaca. Y como a la hora salimos a un callejón donde nos esperaban, ¿adivinas?, los burguesones aquellos.

Oye, dame otro Salem. Te prometo que es el último.  
Hmmm...

El tipo y la tipa, entonces, cogen al chuchito, y se ponen como a registrar si tiene pulgas. Burguesones tarúpidos. Buscándole pulgas a un perro, en el medio de una fábrica desactivada. Y ojalá las haya cogido y bien, y se las haya pegado. Se dijeron algo por lo bajito y se despidieron. A mí me montaron en la camioneta de la mujer, que por dentro era como un cruce de limosina con transbordador Tierra-Luna, del carajo, y salimos con una cautela que ni un gato en un cuarto oscuro.

Y yo ahí, sentada, sin ver por dónde íbamos. La tipa metió al perrito en una caja transparente, con

climatización y todo, y creo que era blindado también. Ella de vez en cuando subvocalizaba algo. Bien pinchada de wetware que debía estar. La hubieras visto. Parecía una jodida modelo top 10, medio pasada de años. Un cuerpo bonito, creo. No sé ni carajo de estética. Lo que te salva el culo en la calle es el instinto y no la cara linda. Hablando de cara; tenía biolentes. FractalGema, y de los caros. Y una pintura de labios que ni la Borgia.

Ibamos en la parte de atrás, con dos tipos de lo más estirados, y con el gatillo nervioso. Yo ni respiraba. Y eso que, ya te dije; lo de la resaca, me daban ahogos. Con todo aquel pedaleo, y el corretaje... qué hambre, tú. Y creo que el chuchito también estaba canino, porque lloriqueaba como una margarita, el infeliz.

Bueno, y un tipo pregunta si por fin me enfrían o no. Tú sabes, ¿verdad? Zzzuish... Así. Qué bonito. Pero la tipa se pone reflexiva, y me pregunta si le he cogido aprecio al animal. Pues, para qué mentirle, si se veía bien. Le dije que sí.

Entonces la tipa me sonrío, de lo más falsa, y dice que ella no quería meter a Odín, vaya nombre más feo para un perro, pienso yo, en todo aquel jaleo y que quiere dejarlo con un amigo, pero que ella misma no puede dejarse ver, «asuntos de asfalto», me dice, y yo asiento, claro que entiendo de esas cosas, ahí vivo, ¿no?, y que si yo puedo llevárselo a ese amigo, y que me va a pagar bien el favor.

Tú sabes, Walter, que a mí los negocios sucios y la gente que los manejan me caen como ácido en el

clítoris. Pero ahí estaba el chuchito, mirándome como un querube, y yo le digo que sí a la mujer, que iba en eso. No me gusta cargar con la muerte de alguien simpático en la conciencia, aunque sea un perro.

Mientras, uno de los tipos le inyecta algo al perrito, en la barriga. Puñetero momento para ponerle una vacuna a un perro asustado, pienso yo, y me atrevo y se lo digo a la mujer, ahí, en la cara. Y ella coge y se ríe, y los tipos también sueltan el trapo, y yo no dije nada porque como estaba entre gángsters, tú sabes, del carajo, pero sí pensé que eran unos sadomasos de truco y etiqueta. Bueno, y el chuchito lloriqueó un poco, y después se puso a lamerse el hocico.

Walter, un Salem, s'il vous plait? ¿Que yo prometí queeeeé? Deliras, querido. Suéltalo. Carajo, si eres tan tacaño con tus cigarrillos, así puedo congelarme a esperar que pagues mi fianza, si me la dan. Por cierto, bonitos pantalones. Buen corte y tela. Don Vázquez, ¿no? Pero ni siquiera son de los buenos los cigarrillos. Hechos en Atenas. Si fueran, por lo menos, de Beijín...

Hmmm...

¡Me lo imaginaba! ¿Tienen alcaloides, no? Ya me parecía. Bueno, ¿por dónde iba?

Ya.

Bien, nos detuvimos. La mujer me dijo que me desnudase. Mira tú. Delante de ella, pase. Aunque tenía un tufo a lesbiana... Pero delante de los dos tipos. Se rieron un poco, los muy puercos. Bueno, lo hice. Ella echó mis ropas en el incinerador de la limo, y me pasó una esponja mojada en un líquido y dijo que me frotase bien todo el cuerpo. Después vino el perfu-

me. Y la peste a cloaca y mierda... Bueno, aún salía algo, pero tenías que pegarme la nariz a la piel. Me vestí con unas ropas que me dio. Los zapatos me quedaban un número grande. A propósito, le comenté, me estoy muriendo de hambre, no tendrá por ahí un emparedado o algo. Ella me dijo que después, que cuando volviese de entregar al perro me pagaría y me llenaría la panza. Para que no desconfiara, me pasó un adelanto de 3 000 a mi chip. Oíste, Walter. TRES MIL CRÉDITOS. Carajo, por esa cantidad yo hubiera ayunado todo un mes y hubiese entregado mil perros a domicilio. Tú sabes cómo me va, o no me va. Lo que gana Janusz es una...

Tiempo, niño, tiempo. ¡Ay, papá dios, paciencia contigo! Eres insoportable.

Entonces me dice; ahora sales y entras en el edificio de enfrente, usas esta tarjeta de pase y entras en tal ascensor y coges por tal pasillo y luego tal ascensor expreso, y entras en una salita con un secretaria que te va a recibir, y tú le dices que traes el ejemplar adquirido en Marsella, y ahí te sientas y esperas, y cuando el tipo salga de su despacho le das la caja con el perro, y no te pongas a esperar una propina porque se supone que eres de una agencia de mensajería importante, y hazlo todo bien. Esto lo hago para que no le pase nada malo a Odín, y entonces regresas aquí y yo te doy el resto del dinero y una cena por todo lo alto, y ahora vamos a ponerte un par de cositas para asegurarme de que todo va bien...

Uf. Y me ponen una nanocámara... Por favor, Walter, yo también veo Dick Tracy XXI y Sam Spade Space

como todo el mundo, y sé de esos chismes. Era una nanocámara. Me la metieron en un poro de la frente, como una espinilla grande. Me dijeron que no me rascase. También un audífono. Me aguantaron la cabeza y me lo inyectaron dentro del oído. Dolió un poco. Y entonces la mujer me dio la caja y abrió la puerta de la limo. Y yo salí.

Oye, Walter, del carajo.

¿Pero te imaginas tú? Si me lo hubieran dicho. Mis piernas temblaron, y no de debilidad, y tú sabes que yo tengo nervios de cuarzo monoclonico. Era el mismísimo jodido Titán de Corporación Información, el poder de los poderes sobre el orbe. Y yo iba a entrar. Figúrate. Toda tu vida viendo a lo lejos las siluetas de los Nueve Titanes de las Nueve Corporaciones, en el reducto a prueba de microbios de su Isla, y ahora de repente allí, en la Meca... Sí, yo sé qué significa decir que algo es la Meca. Decía: en la Meca de los Potentados del mundo, los que tiran un salivazo y la tierra tiembla... Del carajo, Walter.

Pero ahí voy, emocionada y todo, porque, aunque como que del lado de los malos, estoy en una onda privilegiada, a lo espionaje y ya tú sabes. Me ajusto el vestido, entro y le enseño la tarjetica a todo dios que se me para por delante, y todas las puertas se abren, y cojo por el ascensor y los pasillos, y... ¡Fenómeno, tú! Todo limpio, limpiecito, de estreno divino, como una sesión RV de las caras, qué se yo... hasta la gente parecía artificial. Creo que la mitad eran holopresencias. ¡Qué onda! Fíjate, me erizo...

Ah, y subo en el expreso. Creo que el cerebro me bajó hasta los tobillos, Walter. Y el perrito, infeliz, se puso inquieto. Qué vergüenza, casi me olvidaba de él. Así que cuando salgo del expreso me siento en un banco y me pongo a tranquilizarlo. Pero en eso la mujer me susurra en el oído que no me ponga para idioteces, que me apure con el encargo, y qué remedio, tú.

Así que entro en la salita, la secre me recibe, recito la fábula, y ella me ofrece un asiento y dice que espere, y se esfuma por una puerta. Bueno, y yo me pongo a despedirme de Odín. Qué nombre más feo, ¿verdad?

Digas lo que digas, Walter, él también estaba triste. Él sabía. No me atreví a abrir la caja y acariciarlo, porque seguro que la burguesona se ponía a chillarme, y me estropeaba el momento. Y qué momento más lindo, no te imaginas, no puedes. ¿Quién dijo que nosotros, los bucaneros de asfalto, no tenemos corazón, eh? Lo tenemos, aunque sea de plasconcreto, y bien puesto ahí, entre las costillas.

Argh. Un Salem, tú.

¿Ya? ¿La cajetilla vacía? No te trago, Walter. A ver.

Pues sí. Parece que es verdad. Tírala en el piso, aquí a nadie le importa eso. Sólo se preocupan porque no escribas las paredes de la celda. Como si una tuviera con qué. Ni la sangre se pega a ese material. Ni los mocos. La celda en que me metieron cuando lo del barrio Venus Complaciente y lo de los nootrópicos adulterados y los fugados de la Genomática y los tribales online aquellos, sí que era una celda decente, bien cargadita de graffitis. Recuerdo uno que decía...

Vete al diablo. Bueno, yo también quiero terminar. Ya ni sé por qué estoy aquí, hablando contigo.

Un hombre entra, vestido como ni dios, y alarga la mano y yo le doy la caja con el chuchito, y él la abre y se queda embelesado y me sonrío. Y bueno, yo cojo y me largo, y la secre me abre la puerta, y ahí se arma el Armagedón.

El aire se puso morado. Y un olor que ni las cloacas de Praga. Nunca he estado allí, pero me lo imagino. Miro para atrás, medio ida del mapa, y veo que el tipo se cae de narices, con espasmos, y la secre también, y Odín pasa corriendo de aquí para allá. Quise cogerlo, pero me vino un vahído tremendo, y me entraron espasmos a mí también, y como que se me relajó el esfínter, y empieza una sirena y una bulla del carajo que creo que eran las alarmas y los conductos de aire ponchados a toda presión, y se me apagan las luces.

Y ya. Aquí me ves, metida en este lío. Me dijeron que los efectos del Hiros me habían salvado por un tilín, porque mi metabolismo estaba a tope, y el veneno, que era muy efímero en atmósfera aséptica y controlada y yo qué sé, fue neutralizado por mis enzimas antes de que me jodiera. Aún así, sigo diciéndote que no te metas con el Hiros, y te lo dice un hacha que es pantera corrida. He bajado seis almuerzos desde que estoy aquí, y sigo igual de vacía.

Sí, claro que me gustaría volver a verte mañana. Tráeme una cajetilla de Salem. No me los puedo quedar, porque no lo permiten, pero me los echaré todos en el tiempo de visita.

Por cierto, ¿aún no se sabe quién fue el tarado que metió el atentado? Los legales no me quieren decir nada, sólo preguntan y preguntan; es todo lo que saben hacer. Ya me tienen fundida. Cuando le cuente a mis sabuesos del barrio lo cerca que estuve de un Presidente Corporado... ¡Que se mueran de envidia! ¡Y que me sonrío, y que lo vi estirar la pata! ¿Te imaginas? Eso nunca lo van a transmitir por la panopantalla. Únicamente algún reportaje de la prensa underground... Tú sabes cómo son esas cosas en la calle.

Deja de decirme que parezco una niña. Tengo treinta años y he vivido lo que tú nunca vas a vivir. ¿Ya te vas? Sí, claro, se acabó el tiempo...

Oye, dame un abrazo, ¿okey? Quitá, qué beso ni qué coño, no seas flojito. Espero que mañana me cuentes cómo te va de consultor en la RED. Ese empleo debe ser genial. Apuesto a que tienes chicas a montones. Con ese corte de pelo tan machito... Pero te advierto, ándate con lastre, que por ahí hay muchos cabrones que hacen hobby en aprovecharse de los ingenuos. Te lo digo no sólo porque te llevo dieciocho años de vida y experiencia, sino también porque soy tu madre.

Ah, y tú que andas por ahí, y debes tener tus contactos, mira a ver si me averiguas sobre Odín. Qué nombre más feo. Quién lo tiene y si lo cuidan. Y si, bueno, si hay el menor chance de quedármelo. Es como un huérfano, ¿no? Y pregunta si alguien encontró mis ruedas, y si puedo quedarme con el crédito que me pasó la burguesona.

Y los Salem. Sí, una cajetilla. Hasta mañana, Walter.

## Besa el látigo

Una legión de arañas bajaba por el haz de catódicos, urdiendo su fina trama dorada, confinándome en la red. Algo chorreó por mis muslos y caí de rodillas. Las tornasoladas uñas de los pies de Verónica me arañaron la nariz:

—¿Ya? ¿Meada y acabada?

Miré arriba, a su rostro de gárgola cuasimodesca:

—Te voy a revolver.

Se largó entre risas y saltos. Respiré hondo y me incorporé de golpe. Error. La vista se me nubló y fui a dar a los brazos de un Minotauro con cara de Apolo:

—Tú, so cosa, dale con tu rebaño.

Me envió a tres metros con un puntapié por la espalda. No le tomé rencor. Me hallaba en la ribera equivocada. Busqué un cono de sombra, frotándome los ojos.

Y descubrí que estaba casi bajo el escenario.

Un relámpago de fuego me cruzó el rostro.

«*Besa besa besa el látigo... Besa besa besa el látigo...*»

No pude huir. El genio del Vox-Box me guiñó un ojo malévolo y entró en pauta de Moebius. Me empujaron desde atrás, y eso fue cuanto necesitó

CogeDuro para enlazarme el látigo en el cuello y au-llar su estribillo interminable:

*«Besa besa besa el látigo... Besa besa besa el látigo...»*

Tiró de mí hacia el escenario. Un Fugado me escu-pió en la cara. Alguien me acertó en la sien con una botella de cerveza.

—¡No voy! —intenté gritar, pero sólo logré ato-rarme de vómito. Me dejé someter, jurando arrancar-le el corazón a Vitriolo cuando la viese.

CogeDuro hizo conmigo lo que quiso. Distensión vaginal y rectal, cableados de resonancia visceral, al-fileres en los labios, sal y vinagre. Y el látigo, en mis espaldas, piernas y vientre.

*«Besa besa besa el látigo... Besa besa besa el látigo...»*

Luego me arrojó sobre el público y tuve que ha-cerme un ovillo para evadir las patadas. Rodé hasta una pared y corrí a gatas y a ciegas hacia una luz que resultó ser la puerta del baño. Me reí, no lo precisa-ba, ya mi esfínter lo había soltado todo. Pero entré.

—¿Te cogió duro, eh? ¡Qué suerte tienes! —me soltó un Chico 1000 millas y me pidió un autógrafo, como si yo fuese CogeDuro en persona y no una de sus víctimas.

Lo ignoré y se largó en llanto. Hundí la cara en el lavabo. El intercom bufó dentro de mi cráneo:

*74¿Qué fue? Te leo rojo claro, clarísimo.*

*Léete el culo. Me pescó el rey de las caricias. Y 1008 me tiró al pozo.*

*Y ABC?*

*En flash de primera. Que 1008 la cuide. Yo rajo.*

*Negativo, 74. No pongas verde el queso, a Numerón no le va a gustar. Léete el lema en la frente: Cliente que paga bien es cliente que quiere ver tu culo en la candela.*

*Pues que traigan Muchavida, o rajo, en serio.*

*Quieres volver a Escila y Caribdis?*

*Lo prefiero a esto. Tenían sindicato y primas por perjuicios morales. Y no estoy sonriendo, Centro.*

*Verde. Habrá Muchavida. Pero haz lo tuyo con ABC.*

Que mascase goma. La jerarquía sólo existe para que el de arriba pueda joder al de abajo en la cadena de mando.

Me desnudé a medias y comprobé la cicatrización. La ropa iba más lenta. Estornudé sobre ella, a modo de spray catalizador, y modifiqué su diseño. La falda más larga, mangas de mariposa, cuello cerrado y alto. Luego mi propio cuerpo. Me hice crecer los senos, achaté mi nariz, ensanché mis pómulos, suavicé mi mentón y acorté mis cabellos, y los llevé del rubioplata al negroazul. El resto lo acabé con dermoemplastos y cosméticos estándar. Proyecté un campo de energía y me contemplé en el tembloroso reflejo. Razonable. Un retoque a las pestañas y salí.

Pronto me hallaba a la derecha de Verónica, en la barra del Pasillo Claudio Imperator. Pidió un Martini. Yo un Mackintosh al Uranio. A la sazón, ella le contaba al barman, de lo más divertida, sobre las últimas hazañas de CogeDuro con una diurna en el Salón Ocaso. Me revolví en mi banqueta y encendí un Fénix. Durante varios minutos me entretuve mirando cómo

se mantenía quemándose a la misma distancia de mis dedos, hasta que los nutrientes de la colonia se agotaron en esa sección y empezó a quemar un milímetro más arriba. Los cigarrillos bacteriales me recordaban mi propio cuerpo, siempre dispuesto a regenerarse. Pero también me recordaban que todo tenía un límite. Detalle elemental que muchos *vacíos* olvidaban demasiado a menudo, y terminaban autocarbonizados. Vitriolo, por ejemplo. Si seguía como iba, no pasaría de aquella noche. Y yo tampoco, si no me cuidaba.

Nueve escaramuzas en menos de tres horas. Vitriolo llevó la peor parte y quedó al borde en todas. Por fortuna, Centro nos marcó una zona limpia y nos teleguió hasta el Credo Fállico. Yo nunca había entrado a un club de frontera nocturna. Ni siquiera iba vestida para la ocasión. Mis ropas eran de Diurna, no podían exceder los límites programados de su diseño, y ya fuese en versión 1 u 11, seguirían siendo ropas de puta de mediodía. Verónica —la ABC, la protegida de turno— no dijo nada, quería diversión. Según la etiqueta vigente, teníamos que ponernos un neurotrans de Aracnogénesis para entrar al Salón Ocaso, uno de los tantos Salones de viaje y concierto del club, y yo me las arreglé para pasar con la redcilla apagada. Pero Verónica me la conectó, sigilosa, y el neurotrans me clavó en flash. La fauna endémica hizo la jornada conmigo. Vitriolo se apartó. Podían cogerla con ella también, y todo se iría a la cloaca si alguien llegaba, centraba a nuestra ABC y se la cargaba, mientras las dos ineptas guardaespaldas se diver-

tían. Así que Vitriolo siguió marcando a Verónica, en lo que ésta se burlaba de mí, luego CogeDuro me sometía, y yo me metía en el baño.

El enganche era cortante y la paranoia hacía olas. Yo andaba por los 42 centígrados a flor de epidermis, pulso en 148. Ya no tenía jugo para relajar. Si el Muchavida no llegaba pronto, iban a tener que recogerme en un tenedor. Y a Vitriolo en una uña.

En franqueza, no podía escupir a Vitriolo por su cochina actitud. En el fondo me odiaba y no sin razones. Yo soy una *vacía* de última generación y ella de las primeras. Antes de su biomodificación fue alguien con nombre y pasado, y su memoria guardaba estos pormenores con un celo rabioso. Yo no tuve nombre ni pasado que marginar en mis recuerdos, ni recuerdos donde marginar nada; nací al mundo adulta y virgen, siendo lo que soy, y no sé ser otra cosa. Pero no le tenía lástima a Vitriolo. Lo eligió por sí misma, firmó el contrato de conversión, se arriesgó.

Yo me alegro de pertenecer a las generaciones de *vacíos* de diseño, en vex de a las de los *vacíos* biomodificados. He visto los archivos, era un proceso horrible y sobrevivía uno de cada cinco. Quien nace piedra está condenado al estatismo, de nada vale codiciar alas o ruedas. No me interesa un pasado que nunca fue, ni un futuro tan sólido como la nieve en el último día del invierno. Ni siquiera se sabe si envejecemos, ningún *vacío* ha vivido lo suficiente como para morir de causas naturales. Enigma para genetistas e ingenieros éticos. Pero yo soy feliz así, siendo lo

que soy, haciendo lo que estoy predestinada por concepción a hacer.

Para entonces, ya había reintegrado a mi primer comprador los gastos de mi adquisición en concepto de misiones exitosas. Cuenta saldada, era libre, con plenos derechos. Tenía número social, un par de mascotas y un bosque bonsai en la sala de mi apartamento. Me alquilaba por contratos, que podían ser estelares o jodidos, según la Familia, el Feudo, la Tribu, la Compañía, la Diócesis, la Fundación o el Magnate que te firmase para servicio activo por períodos fijos o acciones inmediatas. Así es cómo es. Todo enganche de asfalto supone riesgo, el riesgo se paga bien, y no olvidemos que fui diseñada para la profesión del riesgo por excelencia, heredera de la antigua Esparta, donde se entrenaba desde la cuna para la lanza, la muerte y la victoria.

Centro no era uno de esos que te buscan en las páginas fantasmas del código de sangre en renta, creyéndote un simbiote de Hércules con Houdini, milagroso, invencible e inmortal. Centro era un comandante con dos docenas de *vacíos* en nómina regular y sabía lo que éramos en el hueso, lo que nos movía, lo que nos enfriaba. Un tipo diamantino, ex-sargento de la Centuria Protectora. Sabía darse buena propaganda, y la clientela nos alquilaba como guardaespaldas o golpeadores a precio de oro. El veinte por ciento de cada acción era nuestro, más las primas ocasionales. No era como para estar con Centro de por vida, pues a fin de cuentas uno siempre busca la independencia, pero no estaba mal por un rato, para

ganar plata e ir subiendo en el rating de la profesión y luego moverse a otras esferas más cultivadas.

Por otro lado, Centro tenía su propio laboratorio de Muchavida, y lo hacía bueno. Todos los *vacíos* precisábamos de dosis continuas de ese biocombustible cuando estábamos en acción, pues las reservas naturales del organismo se hacen escasas cuando tienes que regenerarte y morfomodificarte veinte veces en una hora. El Muchavida es una mezcla de nutrientes y cultivos bacteriales tan activos que es preciso mantenerlos congelados a fin de que no se autoconsuman en cuestión de minutos. El procedimiento normal es llevarlo dormido, en frío, tomártelo, y despertarlo con tu energía orgánica propia. Muchos *vacíos*, al no disponer de él en momentos de crisis, han perecido convertidos en gelatina, al autoconsumirse sus cuerpos en un intento por recomponerse sin suficientes reservas con qué hacerlo; desequilibrio celular generalizado.

En cuanto a Vitriolo, bueno, el viejo proceso de biomodificación era mucho más caro que el de generación en tanques de entropía acelerada, y Vitriolo aún estaba pagando el costo de su conversión a Centro, quien la había adquirido recién salida de la fábrica, como se dice, una década atrás. Los cálculos le fueron mal, como a tantos de los primeros. No era libre aún. Tardaría en volver a tener vida propia, o un sucedáneo mediocre de la vida que tuvo. Motivo suficiente para odiarme. Bueno, en el fondo sí me daba algo de lástima.

Miré en derredor y descubrí a Vitriolo. Seguía igual, una Niña Ciruela clásica. Conmuté mis biolentes a fase lenta. Lo dejé diez minutos —uno en tiempo

real— y revisé el paisaje. Nada gris. Pero el filtro me reveló que el aura de energía de Vitriolo era débil, muy débil. Un poco más y no sería capaz ni de despertar el Muchavida al ingerirlo. Esto me obligó a una llamada:

*Centro.*

*Mahoma a la Montaña. ¿Qué hay, 74?*

*Que esté despierto. Andamos cortas de jugo, muy cortas.*

*Se va a quemar. Sabes cómo es eso.*

*Cágate en el procedimiento. Cien a uno a que no tendremos ni tiempo ni jugo para despertarlo. Si lo mandas despierto y rápido, puede llegar bien. Estoy a pura autofagia celular para no caerme. Y 1008 está peor.*

*Haré lo que pueda. Cierro.*

Apenas cerró, sentí un parásito. Recorrí el espectro con mucha cautela y di un respingo. Códigos de posición encriptados, nuestra posición. Le hice una señal a Vitriolo y me volví hacia Verónica:

—Creo que te he pillado por el Circuito de Arena. ¿Bajas a menudo?

—Blanco, lindura —alzó el mentón—. Yo cuelgo por el Amurallado.

Contraseña cumplida, me había reconocido. Empecé a subvocalizar:

—Pues juraría que te he pillado por el Circuito (no te pongas a joder). Una cara como la tuya no se me despinta (esto va a coger candela). Ven, hablemos en otra parte, a solas (dale con 1008 y muévete ligero).

—Enfríate, cariño —rió con ojos alarmados—. No me gustan las mujeres.

Se largó de la barra. La seguí con la mirada hasta que llegó junto a Vitriolo. Mis ropas eran bastante anchas, así que me hinché de oxígeno sin que el barman notase algo raro. Empecé a producir y derivar tejidos, hasta que mis músculos fueron como protoacero al plasma. Gasté un jugo del carajo pero valió la pena. Pagué mi trago, y un Bucanero me rozó el codo:

—¿Paseamos, preciosura? (¿la vendes o no?). Tengo un Edipo descapotable precioso ahí afuera (ahórrate sangre, somos muchos para ti y tu asociada).

—No me gustan los hombres, gracias (vete al diablo, comefango).

Le metí el puño en el pecho y le arranqué el corazón. El barman soltó un taco y empuñó una escopeta de dos cañones. Se la arrebaté y le busqué la frente al otro Bucanero que ya venía sobre mí blandiendo un sable. Sus sesos rociaron ropas, mesas y paredes.

*26 78 9008 tulipán 333 epítome!*

*25 humo pelusa 000 37!*, le respondí a Vitriolo, cargando sobre unos tipos vestidos de yuppies postciberdéllicos. Me sacaron tres rifles en mis narices y no pude eludirlos.

El triple impacto a quemarropa me incrustó en una columna. No moví un dedo. Con jovial lógica, me dieron por muerta y corrieron hacia el Salón Alborada.

A los veinte segundos abrí los ojos. Sangraba aún, valiosos nutrientes perdidos. Pero Vitriolo me necesitaba. El Salón Alborada escupía fognazos y clien-

tes aterrados. En cinco saltos llegué al umbral y asomé la nariz.

¿?

*Tu abuela, 74! Ahora llegas? 60 utopía 2112  
Byron!*

*Mas vale tarde que nunca*, repliqué, y me moví dentro.

Algo zumbó junto a mi oído. Sacudí la cabeza, alargando mis cabellos. El minimisil buscador se enredó en ellos y dejé ir el mechón. El CPU del chismecito no tardó en fundirse, desorientado, y reventó en la cara del que lo manejaba por remoto. Los otros diez o doce zumbaron por todo el Salón, fijándose en cualquiera, al azar.

Vitriolo cubría a Verónica con su holocampo y gozaba de lo lindo rociando plomo a diestra y siniestra. Tenía en el traje tres agujeros que sangraban limpio y parejo, y le faltaban los dedos de una mano.

—¡*Vacíos* de mierda! —gritó alguien a mi derecha, quitándole la espoleta a una cebolla PK. Se la hice tragar de un manotazo. Esquirlas de dientes y metralla me cruzaron el rostro.

Ocho siluetas más se recortaron en el umbral. La caballería pesada enemiga. Acorazados con logos de la Agencia PesoMuerto Edén. Así, al descaro. Y artillados a tope.

*Hay que correr*, advirtió Vitriolo.

*Voy arriba. Gambito del fraile Hassam. Reza.*

Proyecté mi campo de energía bajo mis pies y subí casi hasta el techo. Vitriolo, por su lado, despegó a cuatro velocidades hacia los acorazados, con pirue-

tas y aullidos. Se cargó a dos a puro puño por los visores de los yelmos y le colaron un láser en el cuello. Suerte que era de pulso y no de barrido, o le hubiesen separado la cabeza del tronco. Antes de que la remataran atinó a proyectar su campo en derredor y congelarlo. Eso le daría unos minutos, a menos que ellos le entrasen con un tubo de resonancia. Pero no lo tenían. La dejaron y fueron sobre Verónica.

Me hice sentir. Dejé caer mi columna de campo entre ellos y su blanco, a modo de muro, aplastando mesas y equipos, y rodé sobre él repartiendo puñaladas con mis uñas. Cercené dos manos y abrí una yugular. Me dieron con láser por las costillas. No le presté atención.

*74? Estamos aquí.*

*1008 glaciár. Yo en candela. Muévanse, maricones.*

Los dos chicos correo entraron por una ventana, en estruendo de plexiglás reventado. Venían con armaduras ligeras y traían Muchavida.

*Jueguen un poco. Y denme ése chisme, pero ya.*

Uno cubrió a Verónica, quien chillaba en un rincón. El otro barrió con su lanzallamas y vino a mí. Le volaron una pierna a los dos pasos y el cilindro llegó a mis manos al vuelo.

Me metí detrás de un minibar y sorbí con ansias el líquido denso que contenía el cilindro. Cabrón Centro. Lo había enviado dormido, congelado. El cultivo y los nutrientes llenaron mi estómago, inactivos e inútiles.

—¡Coño! —escupí una cosa sanguinolenta y me levanté, justo cuando el último agente de la PesoMuerto

Edén y el correo que cubría a Verónica se volatilizaban mutuamente. Corrí, agarré a Verónica por un brazo y le di al cubo congelado de Vitriolo un empujón con mi campo. Jugué con ella al billar, llevándola al pasillo, mientras Verónica no salía de un desmayo para caer en otro. Le solté dos bofetadas suaves, pero perdió la mitad de la nariz. Puerca falta que le hacía. La nariz, digo. Nunca me han caído en miel los fisgones de RED. Se pasan de estirados. Y de alientos cortos.

Abrí mis biolentes en gamma e infrarrojo y exploré los corredores llenos de luces y gentes. Venían más. El concierto seguía en el Ocaso. Arrollé a dos docenas de imbéciles y me metí detrás de un cono de sombra. Casi nadie nos notó.

CogeDuro seguía en el escenario.

*«Besa besa besa el látigo... Besa besa besa el látigo...»*

Sodomizaba a un adolescente, el mismo que me había pedido el autógrafo. Desvié la mirada, justo para ver la entrada de cuatro acorazados. En lo que nos ubicaban, llamé a Centro :

*Estoy al venderme, so imbécil.*

*Aguanta, coño. Quedan diez minutos.*

*Demasiado. Seguirán llegando. Tienen una nómina centenaria. No me queda jugo. Y 1008 está que se funde sola.*

*Pues dependerá de ti. Cierro.*

Una mano me arrebató el cilindro de Muchavida. Era Vitriolo, descongelada. Seguía sangrando, pero sus ojos brillaron al beber :

—¡Ahora sí, muchacha! ¡Los voy a sacudir!

Y se lanzó.

—¡Está dormido, so burra! —le grité, pero era tarde.

En pleno vuelo su aura de energía estalló, cegando a medio Salón. Con el Muchavida inactivo, su cuerpo se consumió a sí mismo, y despojos cayeron sobre las botas de los acorazados, quienes siguieron la línea de salto y me ubicaron.

Tragué en seco.

Verónica dijo «ay» y se desmayó.

Cargaron en arco cerrado, ametrallando. El Salón se volvió un caos. CogeDuro se esfumó del escenario y sólo quedó allí su látigo.

Dos plomos me atravesaron un brazo. Mi sangre corrió libre. Ya no me quedaba jugo ni para cerrarme un arañazo. Al purgatorio de cabeza.

Posibilidad y acción fueron uno. No en balde Numerón, nuestro principal contratista de aquel entonces, alababa mis reflejos.

Les tiré mi campo de energía, los envolví, y apliqué frío. Mucho frío, mucho. Cristalizados en el aire, me miraban desde sus inexpresivos visores. Suspiré y caí al piso, antes de notar el tubo de resonancia en una de las armaduras. Salté, con resortes en las nalgas. Vi círculos ante mis ojos.

Busqué una salida, pero la seguridad automática del Club había sellado todos los accesos al Salón. Encerrada en un local lleno de chicos 1000millas, fugados, cadetes industriales, obreras del sudor, transparentes, quimioadictos y exóticos en flash de mezcla, frenéticos y aterrados. El blanco desmayado, cuatro acorazados a punto de descongelarse. Seis minutos. No tenía el jugo mínimo para desper-

tar Muchavida dentro de mí. Y Vitriolo... Pobre idiota. Niña vieja y loca. Carbonizada y camino de ver a San Pedro. O a Belial.

El campo de energía tembló. En menos de un minuto el acorazado hallaría la resonancia adecuada y rompería su prisión. Cuatro gorilas en armaduras contra un mercenario herido e indefenso. Una idea extrema, como todas las que llegan en situaciones ídem, me asaltó.

Corrí hacia Vitriolo, o lo que de ella quedaba. Lo que iba a hacer me daba náuseas, pero era la única solución. Me acosté sobre los restos y abrí mis poros. Me restregué como un perro con pulgas y al levantarme sólo quedaron las ropas, que se deshicieron en seco polvo, pues también les absorbí el jugo. Sólo obtuve un par de kilos de tejido orgánico, pero debía bastar.

Rápida, descongelé a los acorazados y me envolví a mí misma con el campo. No se distrajeron. Se limitaron en descargar un par de rabiosas rondas de metralla sobre mi transparente blindaje, cargaron con Verónica, y se la llevaron tras abrir un boquete con un minimisil en la pared al pasillo. Vaya prisa.

Me hundí en mí misma, concentré mi aura y destiné toda la energía a despertar el Muchavida. Lento, pero funcionó. Abandoné mi refugio, plena en energías, y salí al pasillo. El rastro de feromonas de Verónica me indicó la dirección.

Antes de ir en pos de ella, recogí el látigo de CogeDuro. Un arma siempre viene bien, y no tenía otra a mano.

Tres minutos. Quizás suficientes.

Los encontré en el Salón Firmamento. Se me encogió el ánimo al identificarlos. Eran cerca de veinte, re-

partidos en varias mesas. Con Verónica se sentaban dos gorilas y tres tipos con pinta de ejecutivos de la Orden Esotérica del Espanto, por aquellos tiempos patrocinada por la Fundación Valdivia. La tenían en trance, enganchada con trodos a una consola. Estaban como halcones. A la mínima alerta se esfumarían con Verónica, dejando tras de sí a los más duros para detenerme. Cuestión discutible, pues me sentía cabreada hasta las orejas, pero perdería a Verónica. Dos minutos y medio. Iba a necesitar suerte.

*Ya?*

*Negro opaco, Centro. Yo, quieta.*

*Pues que se te ocurra algo. Aquí tengo a Numerón, al lado. Tiene espuma en la boca. Hay una prima de 40 000 si lo logras. Si no, prepara el culo. Tienes un contrato. Y dos minutos.*

Idea. Otra vez. Idea. Idea.

Recordé lo mejor que pude a CogeDuro. Moví mis tejidos. Me desnudé y quedé como vine al mundo. Gasté jugo a litros, morfomodificándome. Convertida en un clon perfecto de CogeDuro, entré al Salón, desnudo, haciendo restallar mi látigo.

Parte del público vino a mí, a por autógrafos, roces y daños. Otros se me acercaron iracundos, pues mi presencia profanaba la gloria de la estrella local, quien dejó de cantar y gritó algo desde el escenario. El tumulto fue mayúsculo.

Los ejecutivos se alzaron, pero logré acercarme a ellos lo suficiente como para destrozarse la consola de un latigazo.

Medio minuto. Arrastré conmigo a Verónica y le mordí una mejilla. Mis bioescáners detectaron hipnóticos de velocidad en su sangre, aún en proceso.

Justo a tiempo. Diez segundos más y sus neuronas hubieran cantado lo que se suponía no debían cantar antes de la hora cero, fuese lo que fuese. No era asunto mío.

Los acorazados vinieron sobre mí, gallardos y raudos.

Un cuerpo masculino es morfológicamente menos eficiente para el combate que uno femenino, pero no tenía tiempo para cambiarlo. Me batí como pude. A los cinco minutos ya tenía fríos a los ejecutivos, y a cinco acorazados bien tirados. El resto optó por largarse. Dueño del campo al fin, me senté en el borde del escenario sin quitarle el ojo a Verónica. Mis tejidos dañados se regeneraban lentamente. No tenía prisa. Misión cumplida. Enganche completo.

Y?

*ABC O.K.. Me debes la prima. Di a Numerón que deje de comerse las uñas.*

*Felicidades. Te envió un transporte a 29 007. Muévete.*

*Sin prisas, querido. Miré en derredor. El público estaba eufórico a más no poder. No todos los días gozaban de un espectáculo tan magnífico. Se acercaban a mí, coreando el nombre de quien me creían ser. Creo que me dedicaré a otro giro por un rato. Le prometí un revolcón a alguien, y no me gusta jurar en vano.*

*No es hora de jugar, 74.*

*Tiene que serlo en algún momento. Y cerré en firme.*

—¡Métele a esa mierda! —le grité al genio del Vox-Box de la estrella local, a quien eché a patadas—. ¡Este show es mío ahora!

—¡CogeDuro, CogeDuro! —coreaban.

Levanté el látigo sobre Verónica, quien salía del trance.

Sus neuronas podían contener el último diseño de transbordador aeroespacial de la División Odiseamessis. O la vacuna del Gusano. O la evidencia de evasión de impuestos de algún feudo tecnocrático de la Micronesia. No importaba. Cada estrato de esta puñetera vida tiene su moneda de pago. Y yo quería cobrar, a mi modesto nivel.

—Tranquila —le dije—. No te lo sacaron. Dentro de un rato te paso a quienes corresponda. Pero por ahora eres mía. Te debo un revolcón, ¿no?

«*Besa besa besa el látigo... Besa besa besa el látigo...*»

La sodomiceé dos docenas de veces, en el escenario, a toda luz. Un cuerpo masculino sirve para algo, después de todo. Pero no la eché al público, una prima de 40 000 no se tira a la letrina de balde. Sí, Centro pondría el grito en el cielo, pero que se jodiera. En este oficio hay que aprovechar toda licencia posible, para a la hora de carbonizarse irse en cenizas felices y cumplidas al Purgatorio.

## 1ro soy un jerbo

+/- como 3 semanas antes en el Barrio Helloween, pero con mucho + jugo. Crono 0134. Sólo quedamos 2 de este lado, 2 del otro, escalera de X ½ y 13 cadáveres viola<sup>2</sup> por ratas en los pisos de ↓. Los del techo no c deciden a bajar. Si la Montaña no viene a Mahoma, Mahoma tiene que bailar. «Anda»; azuzo al Oriflama, y contamos hasta 1 antes de subir, él delante. Me pegan sus sesos en la cara de un fogonazo. ¿Explosivas, a mí? 1ro soy un jerbo. Saco chispas de 1 armadura con mi láser, 1 plomo me roza la mejilla; me ensucio en los jeans. 1 fuera, otro por irse. Masco mi tableta de Aprotamina Zen y pienso en Balacklava antes de cargar. La risa y el placer me sacuden cuando una ráfaga me arranca el brazo izquierdo. Le dejo al dinosaurio de metalplástico blindado un vibropuñal en la visera del yelmo, agarro el maletín de mnemocristales, me descuelgo por la fachada, rompo el asfalto con mi cráneo o viceversa, corro hacia donde me espera el van correo, y decido desmayarme.

2 semanas. Despierto; crono 1800. Espléndi<sup>2</sup> chicos corpora<sup>2</sup>; mi nuevo brazo luce un Rolex y mi chip ha engordado 6 0s. Me 109cito. Ni siquiera han de-

ducido la cirugía de mi salario. Voy ↑ como la espuma en este giro.

1 año. Estocolmo, putas caras. Tokyo, putas baratas. 60s de - y la cuneta cerca. La vida es dura, los huesos frágiles. No c puede vivir 5mer. Besuqueo humilde los faldones del límite y me limpio de óxido para ponerme en alquiler.

Listo y técnico; mi pasaje al tope. De segurante de 3ra a guardaespaldas, de guardaespaldas a J' de célula, de J' de célula a Confidente del Poder. El Poder c llama Rhino Tawatsu, tiene 21" de bíceps y 10 limousinas. Mi modestia c conforma con un museable Porsche, ★★★ para manosear (.) (.) y <sup>ε</sup> ↔ a en valles con vista al Fuji.

7 meses. Crono 0623. Nunca sospeché que los legales fueran tan madrugadores. Han controlado el Edificio Tawatsu y ½ 12na de turbos de E-P ya c posan en el techo como moscas en el pastel. Me alejo sereno, dejo mi Porsche y retorno a las sombras. Soy un desperdicio de suerte con 3 mega\$ para invertir.

2 años. París: Babilonia de encanto. Me he hecho la trans-sexual, he reemplazado mi mecanobrazo por un sintético de lujo, y adoro ver cómo los cyborgs y los

culturiextremistas c babean X las calles nocturnas al masturbar sus ojos en mi cuerpo. Ya no me alquilo; estoy en continua subasta. Poseo el sex-club más ¡¡♥♥♥!! de toda la urbe y mi chip bancario se palmea el satisfecho vientre.

2 meses. Crono 2207. Rostro conocido a la barra de mi decadente club; el clon subsidiado del difunto Oriflama.

—¿Demonio Temporal?

El sintético me dedica una pupila infrarroja:

—¿Tú? —se sorprende—. ¡Guao! Mucho crono desde.

—Tu hermano de genes se fue como un tigre —le aseguro.

—Siempre fue un neuronaquemada de 2da —tuerce la boca—. Al – los corpora2 me pagaron 1/4 de su parte. He salido \$↑. Bueno; +/- . ¿Dónde lo cremaron? ¿‡?

—No; ☆. La abuela, sabes.

—¿Y tú?

—1 mierda. Algún cerebro abrió 1 12na de sexpubs interactivos en Lyon. \$ alto, seguridad AAA. Mis chicas emigraron. Voy ↓ con esto.

—Excelente trans —se regodea infrarrojamente con mis formas, pero sin perder el hilo—. Eres un/ una hacha de verdad. Tengo un asunto.

—No dispongo de \$.

—No es ahí. El \$ ya está. Mi idea es sacarlo en especie al otro lado del Atlántico.

—¿¿Ofidia?? Quema.

—La infraestructura está  $\infty \leftrightarrow \Omega$ . Sólo necesito una siniestra de confianza  $\infty$ .

—Voy en esa ahí.

3 noches. Soy la siniestra de Demonio Temporal y manejo a sus chicos. 1 es un 20añero díscolo. Hay que predicar duro:

—Nadie sale hasta voz de Demo. ¿Se los tengo que T.E.C.L.E.A.R. en la frente?

—¿Demo? —mirada burlona que me resbala por la mejilla—. Supongo que tú serás la parte activa en el colchón, ramera egofóbica. Y si me da por largarme unas 3-4 horas al bar de la vuelta, tú no vas a pararme.

Espero a que extienda la mano hacia la cerradura y desde 10 mts le cuelo un cuchillo en la yugular. Silencio en el garaje.

—¿Alguien + con ilusiones de viajero?

Silencio.

10 horas. Crono 1020. Club de golf Ford Invictus™, Pueblo Alto. Un magnífico borgoña. Me entrevisto con los usuarios:

—Garantía azul. 300 unidades de última Fuga. Fuente en Helsinki. Matriz de Rocamadre.

Los 2 trajes de 9 000 \$ asienten con reconocimiento:

—Excelente. 40 megas.

—65 —diablos, adoro este juego.

—50.

—60 —vacío mi copa, tajante.

—60. Barrio Violeta. Hoy, crono 2100. Tu J' sabe dónde —y se largan. Me sirvo otra copa.

Pueblo Bajo, Barrio Violeta, callejón tras el bar Esquimosis Alejandrina, crono 2100. Demo, yo, 8 chicos, 1 van.

2 turbos, 1 de los trajes de 9 000 \$, 10 latinos con ojos paranoicos:

—¿Eso? —inquiére el traje.

—Ahí —señalo el van. Demo lo acompaña. El traje husmea y sonrío. Se dan las manos. Demo taconeas; transferencia de crédito hecha. Doy la señal.

Pueblo Bajo, Barrio Violeta, callejón tras el bar Esquimosis Alejandrina, crono 2102. Demo, 5/6 de yo, tres chicos, 1 van, 2 turbos.

Me suben al van y un avisgado atina a recoger mi pierna del asfalto. Demo me da un beso:

—Aguanta, hacha. Tengo un buen mecánico a mano.

4 días. El «buen mecánico» de Demo es un Torquemada. Io9sus-laxina, Ectoplasmasol, Lumin4@alctosa, Desâcaína. No siento dolor, ni nada en lo absoluto. El corte fue con plomo tóxico, el tejido está reciclado; imposible pegar de nuevo. Me conformaré con una pierna sint. El policarbono tiene sus ventajas.

1 semana. Adiós, convalecencia. Crono 1430. Demo me recoge en su nueva limo:

—Pronto seremos 100% compatibles —me acaricia la sintpierna.

—La compatibilidad absoluta degenera en fracaso —pongo mi pie/el suyo y salimos quemando llanta. Reímos.

1 año y ½. Dionisos Hilton, servicio a habitaciones en órbita geoestacionaria, sexo en ingravidez, Demo, yo, 100 megas. Honestas vacaciones.

Crono 1720. Videófono en lamento. Demo responde. Display en gris. 3 maldiciones consecutivas. Rompe el display con su sintpuño:

—Hay que largarse, cariño. Los saneadores de Barcelona están de caza.

Gajes del oficio. Reúno mi artillería en un bolso ablativo y abandono mis 30 vestidos de a 30 000 \$ c/1. En el corredor a la sección de lanzaderas rentadas colisionamos con una avanzadilla de cazadores.

¿1 día, 2? Crono 0957, costa índica de África. Saco de la lanzadera el cadáver de Demo, lo entierro a medias en la arena antes de intuir el conocido ruido, y desaparezco con el crono justo mientras los turbos legales aterrizan. 80 megas en el chip mueven ½ mundo si 1 quiere. El Cairo, 2 días después, habita-

ción de hotel a oscuras. Descubro que soy capaz de llorar.

3 años. Vladivostok; noches frías. Me he revertido la trans-sexual y alquilo una puta distinta cada noche. Me he tirado para el soft, y tengo en el puño el mercado centroeuropeo. Fumo una cajetilla diaria de Hi-Montecristo. He decidido superarme y devoro cursos universitarios via RED. Me miro cursi y melancólicamente al espejo cada mañana y trato inútilmente de olvidar la ½ sint de mi organismo. Demo, a ½ enterrar en arenas lejanas, suele visitarme en sueños. Lloro aún, a veces. Robinsonada inconclusa.

Un año y tres meses. Son las 7.00 PM, hora local de Beijín. Oficina aséptica. Smoking y corbata de seda tras una sonrisa oficiosa:

—Es una importante inversión, señor. Firme aquí.

Procedo con la formalidad, y dejo sobre la pulida madera natural la estilográfica de oro.

Nueve meses. Soy uno de los diez principales inversionistas de Corporación Información. Derecho a asistir a asambleas cerradas y a bostezar ante los parlamentos ejecutivos. Recepciones, brindis; acceso completo a niveles no estándar, con el lógico incremento de calidad de mis amantes de turno. Aprendo a levantar la nariz y a ser popular en la enra-

recida atmósfera de magnates añejados. Adiós para siempre a la cuneta. La vida es dura, pero los huesos de policarbonos y las neuronas copulando con el wetware son resistentes. Listo y técnico; mi pasaje a la infalible victoria.

Dos años. Primera Silla de Información vacía. Accidente diseñado por el ¿azar? Las encuestas preliminares me señalan como favorito sucesor en las elecciones de emergencia; me dejo sorprender cínicamente por la noticia. Algunos pares de ojos me miran con odio y malas ideas; nada novedoso. Ya me ocuparé de eso. Todo a su debido tiempo.

Diez años. Plexiglás panorámico de mi oficina de por medio, contemplo las orgullosas y rutilantes torreagujas de Pueblo Alto bajo las pesadas nubes nocturnas. La hora es 11.48 PM. Enciendo un Hi-Montecristo extrafino y apoyo la frente en la fría transparencia blindada. Ochocientos metros sobre el nivel 0 de la Isla Corporada. Trescientos treinta pisos sobre el vacío. Primera Silla Corporada, una de las Nueve. Miles y miles de años-luz más allá del Homo Sapiens común. He trascendido el tiempo, he trascendido el poder.

Corporación Información es la dueña virtual del orbe, y Corporación Información me pertenece. Yo hago las reglas. Ya no quedan fronteras. Para mí no existe un más allá.

El olvido se ha tragado a los Oriflamas, Tawatusus, Demos, barrios Violetas, Dionisos Hiltons, Vladivostoks... El olvido se lo ha tragado todo con sus mandíbulas inmisericordes, y yo soy el postre de adorno en la mesa del festín.

¿Dónde estoy? ¿En qué recodo del silencio me he olvidado a mí mismo? ¿Dónde está el jugo, dónde el plomo tóxico, dónde la épica inmortal de la fiebre y la paranoia? El crescendo se ha tornado un adagio, y todo, incluso el tiempo, ha perdido el sabor.

Son las 11.59 PM. A un paso de mí, en una gaveta, hay una pistola. Me pregunto si me atreveré a comprobar si está cargada.

1 semana. Crono 0000 para mí. Las panopantallas urbanas me acusan de loco en sus noticieros. 24 ejecutivos muertos, 5 secres, 12 dinos corpora2, 4 legales. +/- como antes, pero será mucho ;j ★★★ !! esta vez. Aún soy joven, aún soy hacha. Barrio Stalin, barrio Efebos de Cristal, barrio Otra Vez... Ofidia, Rio, Melbourne, Venecia... En cosa de ½ año todo volverá al jugo. ¿Trascendencia, a mí? 1ro soy un jerbo.

## Niños de neón

Los Magos Locos vomitan regalos deslumbrantes desde sus carrozas y los siete enanitos de la Abuelita Blancanieves se esparcen en clonada miriada entre la multitud. Hubsie; la mascota PA infantil del momento, reina sobre el carnaval y sus labios de jerbo holográfico cantan la rima de turno: «Sé feliz en el sueño del día; sé feliz, más feliz todavía». Y miles de niños, obedientes hasta la adicción del comando subyugante de felicidad, se desgañitan en un coro frenético, mientras una catarata de caramelos se les obsequia desde el cielo, desde las fauces abiertas de un dragón-zeppelin, y las anfetaminas invaden sus felices organismos privilegiados. Es la noche de Hubsie. Es la noche de Pueblo Alto. Es la noche de Abeja Ceñuda.

Abeja Ceñuda se arriesga, saca una mano por la alcantarilla y captura una docena de caramelos esparcidos por el asfalto. Se maravilla y deleita con el botín; ni un sabor repetido. Canturrea para sus adentros la rima alegre de Hubsie y envidia la brillante armadura medieval que luce uno de los de afuera. No es nada nueva la envidia para Abeja Ceñuda; fue el primer sen-

timiento que se permitió poseer y dominar, antes que el miedo o el amor, antes que el odio o la felicidad.

Es hora de largarse y retornar a la vida real; decide con tristeza Abeja. En su habitual silencio de sombra de alcantarilla de Pueblo Bajo, se retira del sueño y accede luego de varios kilómetros de túneles, tuberías, tufos y paranoia, a su propia y cotidiana pesadilla. Con manos hábiles levanta la losa del piso y se encuentra con la cara severa de Juglar.

Un niño mira al otro mientras sale del boquete en el piso. Abeja Ceñuda no dice palabra mientras se desnuda y se mete bajo la ducha, para vestirse luego con las mismas ropas mugrientas y cariñosamente perfumadas por los desechos no reciclables que inundan las cloacas. Juglar lo mira hacer, en silencio. Finalmente Abeja toma una cerveza de la nevera, se sienta en un butacón desvencijado y lanza un largo suspiro:

—Bueno, se supone que el ceñudo soy yo. ¿Qué demonios pasó?

—Deberías haber estado cubriendo la entrada trasera —masculla Juglar, sin mirarle.

—Me aburrí, yo, ¿y qué hay con eso? Nadie iba a llegar por ahí; sólo un estúpido se llenaría la ropa de grasa, atravesando por las viejas maquinarias, él, para entrar por detrás. ¿Todo salió bien?

Juglar le clava sus ojos azules:

—Vinieron por detrás, siete de ellos. Artillados. Hurón tiene una cortada en el muslo. Gagarin Violeta salió con un balazo en el vientre; no sobrevivió. Uterina sacó una mano rota. La emboscada fue un fracaso —añade innecesariamente.

Un temblor recorre la espina dorsal de Abeja. Esquiva la mirada de Juglar y apura un trago de cerveza, sintiendo que le falta el aliento. Juglar insiste:

—Fue tu culpa; tenías que haber estado allí, tú.

—¡Bueno, está bien; metí la pata, como siempre, yo! ¡Quién iba a suponer que vendrían por allí! ¡Ja! Deben haber llegado hechos un primor de asquerosidad, ellos —Abeja Ceñuda intenta sonreír, pero los ojos de Juglar...

—Bueno, ¿qué más? —revienta Abeja en su butaca.

—Se llevaron a Maravilla. La golpearon un par de veces; oímos sus gritos. No vimos por dónde se fueron, ellos. Quieren canjearla por nuestro refugio en el barrio Nueva Estampa.

Otro temblor asalta a Abeja Ceñuda. Con desesperación, intenta comparar ese mundo ajeno y distante de carnaval y Hubsie con esta habitación desastrosa que lo rodea, y fracasa en su afán de escapista extrapolación. Por los Magos Locos, qué tontería más inútil.

—Bueno —Abeja Ceñuda tira la lata de cerveza vacía, se levanta de la butaca y recoge su bolso de una mesa—. No vamos a dejar a Maravilla sufriendo la hospitalidad de los espaciomierdas. Hagamos algo, nosotros.

—Aquí termina el rastro —sentenció Nariz Vikinga—. Subieron a un bote o algo parecido y bajaron por la corriente.

Juglar oteó en la oscuridad del túnel y pateó una piedra que chapoteó en las tinieblas:

—¿Qué tenemos para allá?— preguntó.

—La planta de reciclados de Corporación Medicina. Un almacén de explosivos de Ejército—Policía. Un par de callejones de sidos—leprosos. El crematorio clandestino del Culto Esotérico de Bill Gates Apóstol... —enumeró Nariz Vikinga con un encogimiento de hombros—. Llevaría días descubrir...

—No tenemos tanto tiempo —escupió Juglar—. Sólo unas horas, antes de que lleguen los emisarios de los Detritos Espaciales y nos exijan una respuesta, a nosotros.

—Yo sostengo que al diablo con Maravilla, yo —se cruzó de brazos un niño con un parche en un ojo—. No vale lo que un buen refugio.

—Es nuestra carta de triunfo en sistemas de alarmas —rezongó Juglar, haciendo valer su potestad de líder—. Sin ella perderemos la mitad de nuestros proyectos para los próximos tres meses. Sería peor que perder un refugio.

—Es cierto —soltó Abeja Ceñuda y se calló enseguida, al sentir el peso de una veintena de miradas nada infantiles y acusadoras sobre él. Pero sólo por unos instantes. Todos se volvieron de nuevo hacia el jefe.

—Aceptaremos —dijo éste—. Montaremos otro local en el barrio Occidente, nosotros. Lo que importa es recuperar a Maravilla.

—¿Quién nos asegura que volverá intacta? —tosió el tuerto.

—No diré que me preocupa su virginidad, a mí —Juglar se permitió una sonrisa mordaz—. Son sus

neuronas lo que necesitamos. Bien; ¿quién se opone a mi decisión?

Los otros callaron.

—¡Pon el canal 2210, tú!

—¡Ni hablar! ¡Hubsie está en el 3098!

—¡Ese Hubsie tuyo es un bichito maricón! ¡Yo quiero ver a los Villanos de Oro y te digo que ...!

—¡Mierda; no vamos a irnos a los puñales por eso, nosotros, maldición! ¡Votemos! A ver, piojosos, ustedes; ¿por los Villanos ...?

Las manos se alzaron. Hubsie ganó, doce a cuatro. El jerbo les sonrió desde la sucia panopantalla. La canción de la PA no llevó felicidad al corazón de Abeja Ceñuda esta vez. Bien que se habían jorobado las cosas por su culpa. Pero no lo habían expulsado. Era el explorador con más camino de los subterráneos de Pueblo Medio, y varios planes futuros irían a parar al vertedero orbital si lo botaban. Los Bastardos Rojos sabían apreciar sus mejores cartas de triunfo, y en este juego cruel de la existencia infantil no registrada en las estadísticas sociales, no solían darse segundas oportunidades para las pandillas mediocres.

Lanzó una mirada de envidia a Juglar, Humo Latente y Garra Cerrada; los mayores del grupo. Ya pasaban de los diez años y no se rebajaban a discutir sobre qué PAs ver en los canales. Se tocaban ya con drogas de adultos y habían gastado más de una vez sus ahorros en especie en algún burdel de segunda del barrio Venus Complaciente. Pronto serían reclutados por

alguna pandilla adolescente de las calles, disfrutarían del aire libre y lograrían costearse el implante de un falso chip ID con el que justificar su presencia en el mundo.

Abeja Ceñuda recordaba muy poco a su madre. Una mujer sin sueldo ni pensión que, al ver acercarse demasiado al cero su cuenta de crédito, se vio ante la alternativa de ser deportada junto a su hijo al Hemisferio Reserva, o abandonar a su pequeño de cuatro años en algún rincón de Pueblo Bajo y armar un escándalo sobre el pobre crío desaparecido. El Hemisferio Reserva es el residuo del viejo Tercer Mundo; la mayor parte de América del Sur, África y Asia, y allí son enviados aquellos cuya cuenta de crédito cae en cero; si no puedes consumir, eres inútil en la sociedad. La opción era casi obvia y Abeja Ceñuda se sentía incapaz de culparla. Casi la misma historia de quienes le rodeaban; huérfanos de la sociedad como él. Aprendices del forrajeo en contenedores de basura, de las peleas sangrientas por un emparedado mordido, de los negocios de canje en especie de drogas químicas de baja legalidad, adminículos domésticos desechados, favores sexuales, alimentos semireciclados y demás productos degradantes. Aprendices al inicio; expertos profesionales ahora. La vida era muy dura en este mundo siempre nuevo y viejo a la vez.

Y lejos, muy lejos, en el otro extremo de la ciudad, los niños disfrutaban de carnavales, juguetes, divertimentos virtuales e interactivos, cariño y solvencia paternos, felicidad y goce. Era otro mundo. Era Pueblo Alto. La verdadera vida. Esto era sólo

una muerte miserable y cotidiana, hasta que hallabas la entrada a una irrealdad distinta con un puñal clavado en el pecho o la sonrisa de aceptación de algún jefe de las calles.

Ocho años tenía Abeja Ceñuda. Ya no recordaba su verdadero nombre. Nunca supo su código de identificación. El último acto de su madre antes de abandonarlo fue obligar a su amante de turno a cortar la tierna carne de su antebrazo y seccionar su chip ID. La herida había cicatrizado al fin, tras semanas de dolor, sangramiento e infecciones, pero las mitades del chip aún vagaban bajo su piel, lastimándole los tendones y los músculos, produciéndole una punzante molestia cada vez que movía la mano o los dedos. Ni siquiera recibió un beso de Judas de despedida.

Basta de recuerdos, decidió Abeja. Lo que fue ya no es, y es como si no hubiera sido jamás. Metió la mano en el bolsillo y sacó un caramelo. Lo desvistió de su envoltorio crujiente, y devolvió el arrugado papelito al bolsillo. A menudo los demás olisqueaban que poseía caramelos —no eran caramelos comunes y corrientes; eran golosinas de niño rico, de a crédito la docena— y lo arrinconaban para que soltara su botín. Chupando el caramelo, se relajó sobre el cojín roto que le servía de asiento; disfrutaba el leve correr de las anfetetas por su cuerpo.

Maravilla.

El nombre viajó desde el abismo de su conciencia y echó anclas en su realidad inmediata. Él la había

metido en ese lío. Él, con su estúpida escapada hacia el carnaval de Hubsie. Si era cierto que los Detritos Espaciales —alias los espaciomierdas— estaban decididos a devolverla según lo convenido, ¿quién aseguraba que no le llenarían el cráneo con un quemaneuronas de acción lenta o alguna mierdera electroalquimia? Los espaciomierdas eran la pandilla más poderosa, tenían contactos con los grupos de la calle e incluso disponían de algunas armas de fuego. Podían joder muy bien a Maravilla, de muchas formas. Entonces el refugio en Nueva Estampa se habría perdido en balde y, con él, una invaluable especialista en sistemas de alarmas. Y toda la maldita culpa caería sobre él. Podría significar su expulsión, o algo peor. Los Bastardos Rojos apreciaban a sus miembros de valor, pero no se las traían con remilgos en sus represalias.

Además, el local en Nueva Estampa era un punto intermedio y obligado de tránsito entre su cubil propio y los túneles de acceso a Pueblo Alto. Adiós al local; adiós a los carnavales. Al menos por unos meses, hasta que hallara una vía alternativa. Era tan seguro como que él mismo era un pobre idiota, que las rutas hacia el barrio Nueva Estampa serían clausurados, por razones de seguridad de ambas bandas. Eso lo haría más difícil aún. No podía permitirlo.

Se incorporó con resolución y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas, tú? —Juglar lo miró de reojo.

—Voy a chequear las marcas de seguridad de los corredores que descubrí la semana pasada; los ne-

cesitaremos cuando perdamos Nueva Estampa, nosotros.

—De acuerdo —asintió Juglar—. No tardes. El canje será en cinco horas.

—¿Vas a los carnavales, tú, piojoso? —levantó la cabeza Garra Cerrada, uno de los mayores—. A mí no me engañas. Tráenos caramelos o alguna de esas mierdas, tú. O te daré una buena cuando llegues con los bolsillos vacíos.

—Puede que lo haga, garritas, si antes me bajas la portañuela y me das una buena mamada, tú. Prometo no orinarte en la garganta...

—¡Hey, tú ...! —el chico grande se incorporó, pero ya Abeja había desaparecido.

—¿Y quién demonios eres tú, pequeñafe?

—Soy amigo de Maravilla, yo. ¿Me dejas entrar?

El joven de hombros estrechos se hizo a un lado y el niño entró al apartamento. De una ojeada calibró las consolas y los desperdicios de comida chatarra que las cubrían casi por completo. Le dedicó una sonrisa despectiva al joven cuando éste sacó la pistola que ocultaba en la espalda y la metió en el cinto que sostenía sus jeans remendados.

—¿Le tienes miedo a un niño, tú?

El otro sonrió con ojos serios:

—Hace tres días el sobrino de mi vecina le descargó el cargador completo de un subfusil al tendero. El hombre no quiso rebajarle el precio de un refresco. Así son las cosas.

—Un chiquillo con suerte, él. Nosotros no podemos pagarnos semejante artillería. No te preocupes, tú; sólo he venido a dialogar.

—«Un chiquillo, él», «tienes miedo, tú»... ¿Todos habláis así?

—La gramática no es muy nutritiva, que yo sepa, yo. Maravilla está en problemas.

—Suelta.

El niño soltó todo, sin omitir nada.

—Así son las cosas —comentó reflexivo el otro—. La jodiste, tienes que sacarla, o te pierdes el carnaval —le dedicó una mirada dura—. Y vienes a mí para..., aún no sé para qué.

—No es del todo así —Abeja se sonrojó y removió la mugre del piso con la punta de su zapato—. Yo quiero mucho a Maravilla. Muchos la queremos allí, de veras, nosotros. Nos hace cuentos, ella. La extrañaríamos si algo le...

—Ahórrate el melodrama. Siempre supe que acabaría mal con ustedes, mocosos de mierda. Debí haberse quedado conmigo. Con lo que gano estaríamos bien. Pero ella...

—Ella decidió lo que decidió, y basta, tú. Si te interesa saberlo, nos habla mucho de ti. Debe quererte mucho, ella, después de todo, aunque no llego a entender el jodido porqué. Nos dijo quién eras y lo que hacías.

—Siempre tuvo la boca muy grande.

—Déjala en paz, tú. Hizo bien.

—Debe estarla pasando genial con ustedes, supongo.

—No fuimos quienes la hicimos como es, nosotros.

—Yo estaba en flash. Cualquiera se abandona un poco, cuando los negocios van mal. Me sentía...

—Como para violarla, tú, y...

—Cualquiera se sobrepasa. Ocurre a menudo aquí arriba.

—¿Y la botella de ácido?

—¿Vas a seguir?

—Por lo menos la habías enseñado a manejar sistemas de alarmas, tú —el niño se dejó caer en un sillón—. Sin querer la ayudaste a sobrevivir. Un punto a tu favor, al menos. Deberías estar conforme. Otra chica, en su lugar, te hubiera cortado el...

—¿Qué tiempo te tomó localizarme?

—Una hora.

—Te mueves bien ahí afuera —asintió el joven—. Tienes fibra, hijo —sonrió como proponiendo una tregua—. ¿Qué quieres de mí?

Abeja Ceñuda hizo una mueca:

—No te pediré que te metas en uno de nuestros apuestos túneles, no temas, tú. Sólo quiero que te metas ahí —indicó las consolas— y desempolves algunas cosas en Corporación Construcción. Los planos del sistema subterráneo de Pueblo Bajo. No sólo lo reciente; también lo viejo. Quiero un mapa completo, yo.

—Así son las cosas —el joven meditó unos instantes—. Bien. Levántate de ahí.

—¿Por qué?

—Ese es mi sillón.

Abeja miraba con susto creciente la marejada de papel impreso que vomitaba la máquina. Esta se detuvo al fin, y un segundo después el joven se quitó los trodos:

—Perdí dos de mis mejores virus de intrusión y un rompehielos belga que me costó medio ojo de la cara. Vaya gasto. Y sin retribución, además.

—Creo que la seguridad de Maravilla bastará para compensarte, a ti.

—Supongamos que sí. Ahora eso depende de ti, pequeñafe.

—Lo sé. ¿Puedo quedarme un rato para descifrar esta locura, yo?

—Como gustes. El tiempo es todo tuyo. ¿Desayuno?

—Bien —aceptó Abeja, que sentía de repente mucha hambre. Empezó la labor de cotejar los confusos planos impresos con sus propios conocimientos del terreno. El área dominada por los espaciomierdas, sus accesos clave, sus lugares de encuentro, sus rutas y apariciones inexplicables en algunos sectores...

Apenas paladeó el emparedado gigante y el medio litro de Kiscafé frío. Continuó calculando y desechando papeles hasta que, una hora después, se levantó de la mesa con unos fragmentos impresos en la mano:

—Creo que lo tengo. Digo, creo saber por dónde salirles al paso, yo. Me largo ahora.

—Ya. Esto... —el joven dudó un momento y le entregó un objeto envuelto en papel—. Toma. Nunca está de más. Espero que sepas cómo usarla.

El niño deshizo el envoltorio y chilló. Un subfusil, con un cargador modificado para cincuenta cartuchos explosivos. Un tesoro.

—Gracias... —balbuceó, confundido y feliz—. Esto me viene.

—Oye —el joven se rascó una nalga—. Haz lo que puedas, ¿de acuerdo? Después de todo, es la única hermana que tengo. Sí, así son las cosas.

El niño se removió en las sombras del recodo y estrujó los planos, arrojándolos a un lado. Si se había equivocado de lugar, ya no tendría tiempo de reparar el error. Su lógica le había revelado cinco posibilidades, y su intuición había insistido en este rincón maloliente. Docenas de tuberías bajaban desde el techo en forma de cúpula y se hundían en el barro. Podía escuchar el rumor de las máquinas de la planta de reciclados sobre su cabeza, y el chapoteo ocasional de alguna que otra alimaña mutada de cloaca.

Pasos. Voces.

Oprimió el arma en sus manos. Los espaciomierdas siempre habían sido muy confiados de sí mismos, lo suficiente como para transitar a voz en cuello por los traicioneros túneles. Pero también podía tratarse de una trampa. Luces; traían linternas. Abeja Ceñuda se adhirió como un líquen a la pared y le quitó el seguro al subfusil.

Ya los veía con toda claridad. Eran unos quince. Traían a Maravilla hacia el final del grupo, atada y amordazada. A la cabeza marchaba Altair Magenta, el líder. Abeja distinguió varias armas de fuego y se estremeció, pero ya no había marcha atrás. Si salía de su refugio lo verían de inmediato, y si los dejaba avan-

zar otros cincuenta metros, pasarían justo por su lado. Tenía que actuar. Ahora.

Buscó a tientas la cuerda metálica que colgaba a su costado y tiró de ella, con un grito que resonó en las oscuras cavidades del submundo. Varios contenedores vacíos cayeron desde el techo, a diestra y siniestra del enemigo, quien se desperdigó disparando en todas direcciones. Abeja activó el interruptor de batería y cien fuegos de artificio caseros explotaron en el salón, cegando a los contrarios.

Con el corazón en la boca, Abeja corrió hacia el centro mismo del infierno, casi sin poder dar crédito a sus ojos: había funcionado. Benditos los Villanos de Oro y sus trucos de emboscada. Corrió a ciegas, sin gastar una munición. Colisionó con dos o tres cuerpos, en uno de los cuales dejó clavado su puñal, y localizó a Maravilla. La arrastró hasta una pared, desató sus cuerdas y se sumergió con ella por un túnel.

La momentánea sensación de éxito desapareció de su corazón tan pronto como sintió los pasos de los Detritos Espaciales tras ellos. Maravilla no dejaba de tropezar, y Abeja descubrió que estaba ciega. Sus implantes oculares se abrían opacos e inútiles en su rostro desfigurado, años atrás, por la acción del ácido. Le habían desactivado o fundido las microbaterías. Era un lastre que Abeja arrastraba tras de sí, aunque en sus labios inexistentes se insinuaba una débil sonrisa de esperanza:

—Abeja... ¿eres tú?

—Sí, maldición, soy yo. Cállate.

Una ráfaga de rifle cruzó sobre sus cabezas. Abeja y su protegida llegaron a un entronque de cinco túneles, y el niño se decidió por el inmediato a su derecha. Estaba un poco desorientado, pero confiaba en perder a sus perseguidores.

Tras diez minutos de silente carrera, descubrió que no sería fácil. Arribó a otro entronque, por cuyos tres ramales se agitaban luces y voces intimidatorias. Tanteó la pared, halló una rejilla, la arrancó haciendo un gran esfuerzo y empujó a Maravilla dentro del boquete, metiéndose tras ella y colocando la rejilla otra vez en su sitio. Avanzaron a gatas por un amasijo de tuberías, cables y desechos, cambiaron de rumbo una docena de veces, y se detuvieron en algo que parecía un viejo cubículo de mantenimiento.

Abeja se concentró, pegó el oído a todas las paredes y tubos, buscó con los dedos todas las posibles rendijas, taponeó como pudo las que halló con desperdicios, y sólo entonces se arriesgó a encender su diminuta linterna.

Lo primero que vio fue el rostro corroído y sucio de Maravilla, enmarcado por un amasijo de antiguos pósters porno de simple impresión a color, pegados a la pared. El niño no pudo evitar una mueca de repulsión, y se sonrojó de inmediato, antes de recordar que ella no podía verlo. La chica extendió sus brazos y él tomó los muñones sin dedos que eran sus manos entre las suyas, dándole un apretón que intentaba ofrecer confianza.

—¿Dónde estamos, Abeja?

—En algún lugar bajo el barrio Palimpsesto. Esto está abandonado desde hace años, por lo que parece. Espera —se apartó un segundo y tomó un diario polvoriento de una mesita—. Mil novecientos noventa y nueve. Uf, vaya si estamos en una caverna primitiva, nosotros, como en esos seriales de «La Cronopatrulla al rescate» —todo eso lo dijo en un susurro, sin dejar de prestar oído a su vez y cuidando la posición de su linternita.

—Abeja, ¿por qué lo hiciste, tú?

El no supo qué decir. Tampoco tenía muchas ganas de hablar. Le faltaba el aliento, y el cuerpo le dolía en los sitios en que se había golpeado. Buscó en sus bolsillos y se tiró unas anfet. Le ofreció a Maravilla, pero ésta las rechazó. Abeja recordó entonces y buscó de nuevo, tendiéndole esta vez a la chica algunos caramelos. Ella sonrió, y él colocó los caramelos en la abertura deforme que era su boca. Maravilla preguntó, mientras los paladeaba:

—¿De nuevo escapando a los carnavales de Pueblo Alto?

—Ya lo ves —él se sintió invadido de nuevo por la culpa. Trató de no mirar el rostro de la joven, ni los hilillos de saliva que escapaban de sus mandíbulas al descubierto—. De no haber sido por mí...

—Deja eso —lo cortó ella. Y añadió—. Gracias, Abeja. Estás cansado.

—Sí —aceptó él. Muy cansado. Bostezó.

Ella lo atrajo hacia sí, sin que él opusiera resistencia. Abeja se limitó a cerrar los ojos y dejarse acunar

por la deforme muchacha cuyas manos sin dedos le apartaban los rizos de la mugrosa frente.

—¿Conoces el cuento de Peter Pan y Wendy, Abeja?

Él susurró que no, y ella entonces lo acarició y empezó a contar. Abeja flotó en la somnolencia, sintiéndose lejos de los subterráneos y la sangre, del mundo gobernado por los fuertes y los bichos repugnantes como Hubsie. El sueño lo rodeó al fin con su estática marea de extravío, pero no llegó a dormirse...

—¡Hey, bastarditos rosados, estamos cerca!

La voz llegó junto con una ráfaga de plomo que penetró la pared del recinto además de una puerta. Con una palabrota, Abeja ceñuda apagó la linternita y buscó a tientas una salida. Sus dedos tropezaron con una manija oxidada. Sin querer detenerse a pensar, el niño la manipuló y salió con Maravilla a un espacio abierto y oscuro, donde maniobraron entre innumerales contenedores rotos con advertencias radioactivas en las superficies, se asustaron cuando un enjambre de murciélagos—libélula mutantes les salió al paso, y se sumergieron en otro túnel, con las voces de los espaciomierdas pegadas a sus espaldas.

—¡Los vemos, bastarditos! ¡Los tenemos!

Minutos después, llegaron al fin a un lugar conocido para Abeja. El niño reflexionó. Los iban a alcanzar, sin remedio alguno. Maravilla no podría seguir corriendo. Sólo había un modo:

—Escucha —murmuró al oído de la chica—. Por aquí, ahora. Un túnel a la derecha. Deja pasar dos conductos. Entonces a la derecha de nuevo... — y en

unos segundos le indicó la vía más rápida para llegar al dominio de los Bastardos Rojos. Se la hizo repetir dos veces, palabra por palabra, hasta que los espaciomierdas estuvieron muy cerca. Entonces la empujó dentro de un hueco, le dio un beso en la mejilla, y corrió en otra dirección para ocultarse en un recodo y quitarle el seguro a su subfusil.

Su primera ráfaga se llevó al que iba delante; un brazo voló por el estrecho aire del túnel. Los demás se lanzaron a ocupar posiciones y desencadenaron un furioso estallido de plomo contra las tinieblas. Abeja se retiró por el túnel, disparando un par de ráfagas cortas para asegurar que conocieran su rumbo y corrió a toda la velocidad que le daban sus cansadas piernas, produciendo el mayor ruido posible.

Seguro ya de que lo seguían y convencido de haber puesto buena distancia entre ellos y Maravilla, se devolvió a la huida silente, y se dirigió hacia Pueblo Medio. No sabía si ellos conocían el terreno, pero al menos él sí lo dominaba, y ello debería darle una oportunidad para salir bien del asunto.

Mas los espaciomierdas iban tras él devorando las distancias. De nada le valieron sus fintas de rata de cloaca. Por un instante, sintió un ardor tremendo en el costado y el haz de láser mordió la pared frente a él. Tragó en seco, palpándose la herida cauterizada. El juego, si alguna vez fue tal, se convertía en una pesadilla. Con urgente decisión, se internó por un pasillo y corrió hacia Pueblo Alto. Tal vez no se arriesgarían a seguirlo allí.

Lo siguieron. La cacería llegaba a sus límites. Emergió al nivel inmediato inferior a la calle, y la algarabía del carnaval le asaltó la percepción ya nublada por el agotamiento y el terror. En este nivel apenas existían recodos o penumbras salvadoras. Dependía de sus piernas, y éstas ya le flaqueaban. Tropezó una docena de veces antes de detenerse en un pasillo cerrado. Pensó en volverse atrás.

Era tarde.

Una pared tan sólida como definitiva, coronada por una rejilla a través de la cual penetraban la luz y la música del festejo. Del otro lado, las linternas de los espaciomierdas, no menos definitivas que la pared.

Se hizo un ovillo bajo la rejilla y apuntó al centro del corredor. Se llevaría a unos cuantos con él. Eso sería todo. Era sorprendente la repentina facilidad con que resultaban terminar las cosas.

—¡Ahí estás, bastardito!

Venían a toda carrera, disparando. El plomo sacó chispas a su alrededor. Dos haces de láser buscaron su cuerpo, y Abeja rodó sobre sí mismo, eludiendo la luz mortal. Los láseres se elevaron, cortando la rejilla. El niño bufó con alegría, se incorporó y golpeó con una mano la humeante telaraña de metal. Esta se desprendió hacia afuera. Con un salto, Abeja Ceñuda salió al exterior.

Las luces lo cegaron. La música lo ensordeció. Empujó un par de disfraces asustados. Corrió. A su lado, un niño vestido de cortesano del Rey Sol se desplomó con el pecho ensangrentado, y Abeja miró tras de sí. Por el boquete en la acera emergían los

espaciomierdas, confundidos como él, frenéticos en su odio, inmisericordes en su cacería. Otros dos niños cayeron, atravesados por láser. Varios acorazados legales se aproximaron a toda carrera, deshaciéndose de sus disfraces de Magos Locos, al tiempo que las alarmas resonaban en toda la plaza. Una ráfaga de plomo le acertó a un legal en la visera del yelmo, aturdiéndolo. La parafernalia vigilante de la policía corporada se activó en los techos de los edificios que rodeaban la plaza de mascarada; los proyectiles dirigidos cobraron sus primeras víctimas entre los intrusos, con fría eficiencia. Cinco espaciomierdas se revolcaron aullando moribundos sobre el asfalto lleno de caramelos.

Abeja ceñuda corrió. Disparó. Corrió. Disparó sin saber a qué le acertaba y a qué no. El terror. El carnaval. La Felicidad. Varios disparos acertaron un dragón-zeppelin y éste se salió de curso para terminar destrozando un edificio. Gritos infantiles. Ecos de sirenas legales. Murmullo aéreo de turbocópteros de prensa. En vivo y en directo, desde el corazón de Pueblo Alto, desde la médula de Ofidia, desde el núcleo neural del mundo.

Un dardo neuroparalizante alcanza al niño que corre. El cuerpo congelado se balancea al borde del equilibrio, bajo la catarata de gritos y llantos y música y disparos. Las manos dejan caer el arma.

A sus pies yace una niña de cuatro o cinco años; la sangre empapa su vestido de princesa devenido mor-

taja de fantasía. Abeja Ceñuda, prisionero de su carne de hielo, se niega a verlo. Un policía corporado descarga su pistola en la sien de un espaciomierda, con un alarido de placer. Abeja se niega a percibirlo. El carnaval se debate moribundo a su alrededor en espasmos de colores y texturas, y Abeja Ceñuda se niega el ser parte al fin de todo aquello que siempre inundó sus anhelos. Así como se niega a sentir el haz de láser que le atraviesa el pecho mientras cae petrificado, la risa triunfal y trunca de un espaciomierda a sus espaldas, y la canción de Hubsie, cuyos holográficos ojos felices parecen haberlo descubierto y se le enciman con la promesa de una felicidad imposible en las pupilas dilatadas.

Mientras Abeja Ceñuda se desploma en el asfalto voraz, se llena de polvo y caramelos las crispadas manos, percibe entre nieblas las botas de un acorazado legal que se le aproxima, y convierte sus labios en espejo fiel de la risa de la mascota PA, cuya promesa se le antoja la más increíble de las blasfemias.

## Glosario

He aquí los términos presentes en el texto que serán seguramente los más ajenos al lector. Algunos forman parte del vocabulario estándar de la literatura cyberpunk, y el resto son originales de los creadores de esta cosmogonía.

**ACORAZADO:** (Jerga) Individuo vestido con una armadura.

**ADD:** Anuncio publicitario.

**ALMA:** Inteligencia Artificial recluida en un soporte de mnemocristales del tamaño de un maletín.

**ANFETAS:** (Jerga) Cualquiera de las sustancias euforizantes derivadas de las anfetaminas.

**ARCOLOGÍA:** Microsociedad aislada del exterior mediante un domo físico o campos de energía.

**ARMADURA:** Armadura basada en plásticos rígidos, dotada de servomotores, tanques de aire, armas robot, ordenador, lector de ID, visores gamma o infrarrojos, filtros de aire, turbomochilas, etc., en dependencia del costo.

**CABLETA:** (Jerga) Adicto a las electrodrogas o neurotrans.

**CEROETÍLICA:** Cerveza desprovista de alcohol, donde la función euforizante de éste es cumplida por otras sustancias de diseño no perjudiciales.

**CHICO o CHICA 1000MILLAS:** (Jerga) Adolescentes que padecen de alguna enfermedad letal, y que dedican el tiempo de vida que les queda a locuras de todo tipo.

**CHIP o CHIP ID:** Microprocesador implantado bajo la piel del dorso de la mano o la muñeca. El chip ID contiene datos personales, currículum médico, status laboral y social, así como la cuenta de crédito. La transferencia de crédito y la lectura de chip a chip se realizan aproximando una muñeca o dorso de mano a otros, o a una placa de lectura.

**CIBERENTORNO:** Estructura, construcción o diseño virtual que define un nicho en la RED.

**CIBERDÉLICO (ARTE):** Referente al arte basado en técnicas informáticas.

**CIBERPUERTO:** Ojo artificial protésico que enlaza al cibernauta, mediante un COMSAT, con su consola personal.

**COMSAT:** Satélite de comunicaciones.

**CONSOLA:** Variante moderna de la PC común. Existen modelos especiales para trabajos profesionales.

**CORPORACIÓN:** Cada una de las 9 gigantescas megaempresas que rigen el mundo, y que son frecuentemente llamadas simplemente por sus nombres: Información, Electrónica, Consumo, Transporte, Energía, Construcción, Medicina, Industria, y Ejército-Policía.

**CRÉDITO:** Unidad de moneda mundial.

**CYBORG o CIBORG:** Individuo humano o animal al que se le han hecho implantaciones o modificaciones cibernéticas.

**DEMIURGO:** Soñador profesional que estratifica y regula los impulsos creadores de su subconsciente, de modo que sus sueños sean grabados y editados en forma de sensofilmes.

**DERMO:** Pequeña película de material biodegradable que contiene alguna droga, ya sea médica o de consumo ilegal, y que se pega en la superficie de la piel para que el material penetre por los poros en zonas de buena irrigación sanguínea.

**ENCHUFE (CRANEAL):** Dispositivo que permite la conexión a una consola de ciberespacio, mediante un enlace físico (Un cable que va de la consola al implante correspondiente en la cabeza del usuario). De uso frecuente antes de surgir los TRODOS.

**ENCRIPTAR:** Codificar y compactar un mensaje o transmisión, radial o por cable.

**E-P:** Abreviación de Ejército-Policía.

**ESCLAVO:** (Jerga) Variante de virus informático multiuso cuasiinteligente.

**ESCLAVOVÍA:** Autopista de túnel, unidireccional y cerrada.

**EXÓTICO:** Individuo extremista postmoderno que transforma su cuerpo en un carnaval de implantes y biocirugías, y su vida en un carrusel de mascaradas.

**FLASH:** (Jerga) Estado de viaje subconsciente inducido por drogas alucinógenas.

**FUGADO:** (Jerga) Adicto a las electrodrogas de carácter místico.

**GEOSAT:** Satélite geofísico que controla hasta cierto punto los eventos climáticos y tectónicos desde la órbita.

**GOLPEADOR:** (Jerga) Asesino callejero y barato.

**GOMA:** (Jerga) Goma de mascar dotada de una pequeña dosis de anfetaminas, nootrópicos, alcaloides, diversos tipos de drogas, etc.

**GUSANO:** Enfermedad viral y letal, equivalente al viejo SIDA elevado al cubo.

**HIELO:** Sistema defensivo de los nichos virtuales.

**HIELO NEGRO:** Hielo que protege las infoestructuras de alto acceso. Está compuesto de programas de retroalimentación neuronal letales para la mente del intruso, y en el mejor de los casos lo dejan con trastornos neurales irreversibles.

**HI-TEC:** (Jerga) Del inglés high technology. Se refiere a tecnología, métodos o productos de alto costo o de avanzada.

**HOLO:** (Jerga) De holográfico. Significa holoadd, holopóster, holopresencia, holofilme, etc., según el contexto.

**IA:** Inteligencia Artificial. Entidad cibernética autoconsciente que mora en la RED.

**INFOVÍA:** Calle, avenida u autopista virtual en la RED.

**LEGAL:** (Jerga) Policía urbano.

**MAQUINANTE:** Vehículo antropomorfo de tres a seis metros de estatura del que se vale un piloto humano para realizar trabajos de montacargas, manipulaciones industriales, acciones de combate mediante armas incorporadas a la estructura del vehículo, etc.

**MATRIZ:** Soporte virtual de la RED, o de las Sub-Redes, donde se sustentan todas las coordenadas y referencias del ciberespacio.

**MEGA:** Referente al millón. Por lo general, en jerga, se refiere a un millón de créditos.

**MNEMOACUMULADOR:** Implante de memoria artificial.

**MNEMOCRISTAL:** Soporte de memoria informático. Se emplea en versión de hardware, como elemento de computadoras y otros equipos, o como objeto comercial con grabaciones musicales, filmes 3D, etcétera.

**NANO:** Del orden de 0.000000001 metros.

**NEUROTRANS:** Variante muy depurada de las drogas electrónicas. Transmite impulsos eléctricos al centro de placer del cerebro. Existen infinidad de variantes, según el efecto deseado.

**NICHO:** Espacio privado concedido automáticamente por la RED al conectarse a ella la consola de un usuario.

**NOOTRÓPICOS:** Familia de drogas que estimulan las facultades de aprendizaje.

**PA (Persona Artificial):** Simulación virtual de una persona o ser que no existe físicamente. Por lo general, artistas y personajes creados a partir de patrones estéticos de moda.

**PA-ROM:** Estratos selectos de la mente de un persona grabados en soporte firmware.

**PANOPANTALLA:** Monitor inteligente que combina la televisión interactiva, el videófono, los servicios de correos, entre otros.

**PENTURBIA:** Núcleo urbano de pequeñas dimensiones y edificios de construcción en serie estándar.

**PICO:** Del orden de 0.000000000001 metros.

**PUEBLO ALTO:** Area residencial por excelencia de una ciudad, torreaguas, parques ecológicos, hoteles siete estrellas, restaurantes, teatros, centros comerciales, oficinas importantes, la crema de la crema.

**PUEBLO BAJO:** Area marginal de la ciudad, suburbios, construcciones viejas, subculturas, pandillas tribales, mercado negro, etc.

**PUEBLO MEDIO:** Area «media» o «estándar» de la ciudad. Por lo general, edificios de apartamentos diseñados en serie, comercios equitativamente distribuidos, áreas verdes, la monotonía misma.

**PUB:** Bar o cantina de grandes dimensiones. Local informal de reunión social, fiestas, consumo de licores y productos ligeros, conciertos, shows, etc.

**ROMPEHIELOS:** Programa de intrusión informática.

**SANEADOR:** (Jerga) Individuo especializado en rastrear y ejecutar intrusos, en la misma RED, o fuera de ella, en el mundo físico.

**SEGURANTE:** (Jerga) Guardia de seguridad de un local o instalación, o guardaespaldas personal.

**SIMESTIM (ARTE):** Consiste en la transmisión directa o grabación para posterior reproducción de los canales sensoriales corporales (oído, tacto, gusto, olfato y vista) de un sujeto, en un lugar y momento determinados, para que otro experimente la vivencia.

**SINESTESIA (Synaesthesia):** Del griego *syn* (unión) y *aesthesia* (sensación). Es la mezcla de sen-

tidos o canales sensoriales, de forma que el sonido aparece colorido, los olores evocan estímulos sonoros y táctiles, etc.

**SINT:** De sintético (Sintpierna, cirugía sint, sintcuero, sintmadera, sintmármol, etc.).

**SOMBRA:** (Jerga) Asesino a sueldo profesional.

**SUB:** (Jerga) El metro, expreso de vagones subterráneo.

**TELEDILTÓNICA:** Sexo virtual.

**TELEMÁTICO:** Bar o plaza virtual, donde el usuario proyecta un cuerpo virtual e interacciona con otros usuarios, ya sea en diálogos, prácticas sexuales, consumo de licores de neurotransmisión, etc.

**TRODOS:** Transmisores epidérmicos de retroalimentación sensorial con los cuales la mente de un usuario es proyectada en una consola de ciberespacio a través de la RED.

**VIAJAR:** (Jerga) Experimentar un FLASH o VIAJE inducido por drogas.

**VIAJE:** Idem a FLASH.

**VOCODER:** Equipo ensamblador de pistas vocales.

**VOX-BOX:** Equipo ensamblador de pistas sonoras y vocales.

**WETWARE:** Conjunto de implantes cerebrales.

**2D:** Imagen en segunda dimensión, una fotografía común.

**3D:** Imagen en tercera dimensión, holografía.

# Índice

Un Puñado de lluvia / 7
Cuenta conmigo / 26
Ángel / 32
Atomovilieta / 45
Mi nombre es Nadie / 52
Odín y yo / 67
Besa el látigo / 81
1ro soy un jerbo / 98
Niños de neón / 107
Glosario / 128

